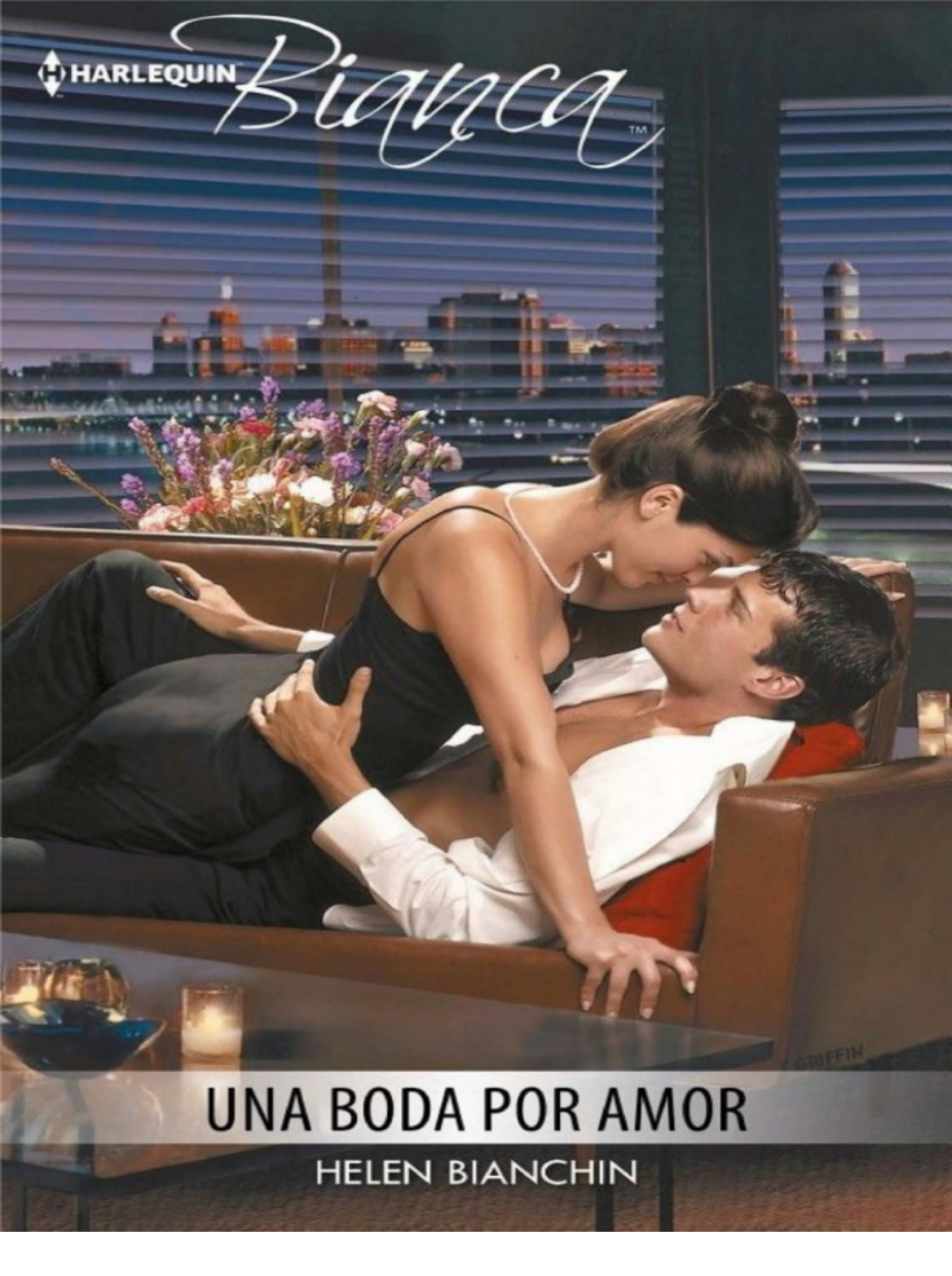

HARLEQUIN
Bianca
UNA BODA POR AMOR
HELEN BIANCHIN




# UNA BODA POR AMOR

HELEN BIANCHIN






Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid



Una boda por amor, n.º 1439 - noviembre 2017
Título original: The Pregnancy Proposal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.



I.S.B.N.: 978-84-9170-469-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Capítulo 1

SORPRESA y desconcierto. Esas eran las únicas emociones que Tasha podía sentir en el camino de la consulta a su coche.

Durante unos minutos interminables, permaneció sentada al volante con la mirada perdida. Mientras, las palabras del médico retumbaron en su cabeza: «Embarazada de ocho semanas».

Por Dios Santo, ¿cómo iba a estar embarazada?

Una pequeña risa histérica escapó de sus labios. Sabía muy bien cómo… Lo que no entendía era el porqué. Llevaba un tiempo tomando la píldora y no la había olvidado ni en una sola ocasión.

El doctor le había dicho que no había nada infalible, sobre todo, cuando se daban ciertas circunstancias. Y parecía que ella había pasado por una de ellas: la gastroenteritis. Durante los días que le duró, no paró de vomitar y, por lo visto, también había devuelto la píldora quedándose sin protección.

¡Dios Santo! El gemido fue inaudible al retumbar en su mente. ¿Qué iba a hacer?

Tenía veintisiete años y era una buena abogada. Tenía una carrera y un compañero y la vida bien planificada…

En su agenda no tenía previsto ningún embarazo.

Cerró los ojos y los volvió a abrir.

¡Jared! El corazón le dio un vuelco. ¿Cómo reaccionaría?

De una cosa estaba segura: su sorpresa sería tan grande como la de ella.

¿Aceptaría él su paternidad?

Por su mente pasaron unas cuantas imágenes, desde el entusiasmo y el apoyo… hasta el otro extremo de la gama de emociones.

«No», gritó una voz en su interior. Desde luego, no pensaba abortar. Sin pensarlo, se llevó una mano protectora al vientre.

No le cabía la menor duda de que aquel niño era de Jared, pero también era de ella. Y no le importaba lo que él dijera al respecto; pensaba quedárselo. La vida como madre soltera no sería un camino de rosas, pero se las arreglaría.

¿Y si Jared le ofrecía que se casaran? Claro, como si los elefantes volaran, se respondió con ironía.

Estaba claro que su relación era algo serio, que había compromiso sin la bendición del matrimonio.

Hasta aquel momento, ella había estado de acuerdo con el pacto.

Pero, ahora, había una tercera vida que tener en cuenta.

Tendrían que tomar decisiones. Solo entonces sabría qué dirección tomar.

Sin pensarlo mucho, agarró su bolso y sacó el teléfono móvil. Después de mirarlo un rato, lo volvió a guardar.

Jared tenía un juicio y tendría su móvil desconectado. No podría hablar con él hasta por la tarde.

Además, ese tipo de noticias debían darse en persona, no por teléfono.

Podía preparar una cena especial, con velas, ponerse un vestido provocativo y seducirlo durante la cena. Después, soltaría la noticia durante el postre.

Pero esa noche no podía ser. De sus labios escapó una palabrota muy poco femenina al darse cuenta de que habían quedado para cenar fuera. Se trataba de una reunión organizada por el colegio de abogados, una de tantas.

Y, desde luego, no podía dejar caer la noticia mientras charlaban con sus colegas en el vestíbulo del hotel. Quizá podía susurrársela al oído entre el primer plato y el segundo. Aunque, pensándolo mejor, no era una buena idea; podía ahogarse del susto.

Lo mejor sería ser más cauto. Siempre podría ir a una boutique para bebés, comprar un par de patucos y ponérselos en la almohada. ¿No era aquello sutil?

Sin darse cuenta, la mente voló hacia el hombre que le estaba causando tantas preocupaciones… y no supo si reír o llorar.

Jared North era uno de los abogados más solicitados de Brisbane. Tenía treinta y siete años y era un hombre brillante en su campo. Con su habilidad podía hacer tartamudear al peor de los delincuentes y hacer trizas el argumento de cualquier abogado con el que se enfrentara.

Lo había conocido hacía tres años, en una cena del colegio de abogados. Su reputación lo precedía y, aunque lo había visto en foto en los periódicos, nada la había preparado para cuando lo vio en carne y hueso.

En cuanto lo divisó al otro lado de la habitación, sintió que se derretía por dentro. Su altura, sus hombros, su gallardía, cómo le sentaba el traje hecho a medida… Todo eso lo distinguía del resto de los hombres allí presentes. Tenía unas facciones perfectas. La naturaleza lo había dotado de una mandíbula cuadrada, unos pómulos marcados y una nariz griega. Era moreno y de ojos grises oscuros y tenía un aspecto casi latino debido a un antepasado andaluz. Debajo de su fachada sofisticada, había una sensualidad innata y el asomo de una promesa. Y otra cosa… algo más difícil de

explicar.

Aquella primera noche, tuvo la sensación de que todo, menos él, se desvanecía a su alrededor. Solo existían aquel hombre y ella y aquello le hacía hervir la sangre y le aceleraba el corazón.

Él cruzó la habitación, caminando despacio, sin apartar en ningún momento los ojos de ella.

Tasha no recordaba muy bien lo que pasó después, ni de qué hablaron. Pero sí recordaba la impresión que le causó su voz profunda y aquella entonación que dejaba entrever una educación en el extranjero. La fascinó su boca, la curva sensual de su labio inferior, la calidez de su sonrisa…

Se trataba de hombre astuto, inteligente y peligroso, percibió ella inmediatamente, intuyendo desde aquel instante que jugaría un papel importante en su vida.

Después de tres meses saliendo juntos, Jared le sugirió que se fuera a vivir con él. Tasha aceptó, pero decidió esperar un poco más, por miedo a comprometerse demasiado rápido en una relación donde la parte más importante era el deseo físico.

Ahora, dos años después, estaban compartiendo el lujoso piso que él poseía en uno de los barrios más prestigiosos de Brisbane.

La vida estaba bien. Mejor que bien.

Casi todo el tiempo lo dedicaban a sus carreras profesionales o a ellos mismos y rara vez salían con otras personas. Jared tenía un apartamento en la Costa Dorada, a menos de una hora hacia el sur, y allí solían pasar muchos fines de semana, descansando y tomando el sol.

Nunca habían hablado de matrimonio.

Y, ahora, Tasha no quería hablar del tema a menos que fuera por la razón apropiada: amor. Ese del que dura para siempre.

El sonido de su teléfono interrumpió sus pensamientos. Tenía un mensaje para que llamara a la oficina.

A los pocos minutos, puso el BMW en marcha y tomó la carretera que llevaba a la ciudad.

Era un día precioso, el cielo estaba de un azul intenso y no había el menor rastro de nubes. El verdor del césped y las florecillas del final de la primavera coloreaban el campo y la calidez de la temperatura anunciaba el comienzo del verano.

En diez minutos, Tasha entró en el garaje de su empresa para dejar el coche en su reservado. Después, tomó el ascensor al piso decimoquinto.

La recepcionista parecía una modelo sacada de la revista *Vogue*. Para el despacho de abogados en el que trabajaba, la buena imagen

importaba mucho. Amanda, por supuesto, contribuía a dar esa buena imagen.

–Tu cita de las dos y media va a llegar tarde; tienes algunos mensajes encima del escritorio.

–Gracias, Amanda –dijo Tasha con una sonrisa mientras se dirigía a su oficina.

El trabajo le serviría de distracción, pensó mientras hojeaba la agenda y agarraba el teléfono para dar instrucciones a su secretaria y comprobar que tenía todos los documentos listos para echarles un vistazo.

Por la mañana, estuvo con dos clientes y una reunión por la tarde puso fin a su jornada de trabajo. Cuando acabó la reunión, se sintió aliviada porque hacía ya rato que su concentración parecía haberse largado a otro planeta. Al principio, estuvo completamente concentrada; pero, después de un rato, por su mente comenzaron a pasar las imágenes del feto que el médico le había enseñado en un libro.

Tan pequeño. Tan lleno de vida.

Durante un instante, se quedó quieta, invadida por una sensación de protección tan fuerte que rayaba en lo irracional.

Después, sacó su maletín y metió algunos documentos que tenía que examinar para preparar la reunión del día siguiente. Agarró el portátil y salió de la oficina para tomar el ascensor hacia el garaje.

Lo mejor que se podía decir del tráfico en la hora punta era que se movía… Esa tarde el indicador de velocidad registró una media de diez kilómetros por hora.

El teléfono móvil sonó indicando que tenía un mensaje. Lo activó mientras esperaba en un semáforo en rojo. Era de Jared. Llegaría tarde.

Tasha no supo si sentir rabia o alivio. Una parte de ella quería ver la reacción de Jared; la otra, la temía. Ninguna de las dos tenía mucho sentido, pensó mientras aparcaba el coche en el garaje y tomaba el ascensor.

Su piso estaba situado en la última planta. Era uno de los dos áticos de un edificio de lujo en el centro de la ciudad con preciosas vistas al río. Era espacioso y tenía el suelo de mármol color crema forrado con grandes alfombras persas. Unos grandes ventanales del suelo al techo le proporcionaban mucha luz y unas preciosas vistas de toda la ciudad. Los muebles de estilo moderno también eran de color crema y el toque de color lo daban los cuadros de arte moderno que colgaban de las paredes.

El salón y el comedor eran grandes, la cocina estaba equipada

con todo tipo de electrodomésticos y la habitación principal, con su baño privado, era de ensueño. Jared había equipado una habitación con estanterías repletas de libros, un escritorio y un ordenador para trabajar en casa. En otra habitación había una cama y un escritorio que Tasha utilizaba para ella. Después, había un dormitorio más para los invitados.

Tasha fue a la cocina, sacó un brick de zumo y se sirvió un vaso. Después, se hizo una tostada con queso. Hacía algunas semanas que se sentía tentada a picar todo el tiempo. ¿Sería otro síntoma del embarazo?

Tendría que comprar un libro para enterarse de todo, pensó mientras se dirigía a su habitación.

No tuvo ninguna dificultad para elegir lo que iba a ponerse esa noche. Ya había decidido que se pondría un vestido negro de noche, así que lo sacó del armario y lo dejó sobre la cama. Después, entró en el cuarto de baño para darse una ducha.

Pasó un buen rato bajo el agua y, después, se secó con una toalla. Se la enrolló alrededor de su estilizada figura y agarró el secador de mano para arreglarse el pelo. Una melena negra azabache ondulada que le llegaba por los hombros.

De maquillaje eligió una sombra de ojos suave que resaltaba las pintas doradas de su ojos marrones y un brillo de labios.

Después, volvió al dormitorio. Se puso la ropa interior y el vestido y sacó unas sandalias con tacón de aguja que añadían diez centímetros a su figura menuda.

Ya había decidido qué joyas ponerse. Estaba intentando abrocharse un colgante, cuando Jared entró en la habitación.

Sus miradas se encontraron y el estómago le dio un vuelco al descubrir la calidez de aquellos ojos grises.

Llevaba la chaqueta por los hombros y se había aflojado la corbata. Era un hombre que necesitaba afeitarse dos veces al día y, a esas horas, tenía una sombra en el mentón que le confería cierto aire peligroso.

Tasha experimentó un ligero escalofrío al reconocer la atracción tan fuerte que sentía hacia él.

La pasión, incluso la más suave, tenía la habilidad de derretirla. Todo lo que tenía que hacer era mirarla y estaba perdida.

Él se dirigió hacia donde ella estaba.

–Déjame ayudarte con eso.

Estaba cerca de ella, muy cerca.

Después, Tasha sintió un ligero estremecimiento cuando los dedos de él le rozaron la piel. Cerró los ojos y dejó escapar un

gemido de placer al reconocer su aroma varonil mezclado con la colonia.

Sintió que le ponía las manos en los hombros y le daba un beso en el cuello.

–Preciosa –le susurró.

Ella percibió el tono aterciopelado de su voz y, de manera deliberada, se apartó de él.

–Si no te metes en la ducha ahora mismo, vamos a llegar tarde –dijo cortante.

Hubo un ligero silencio. Después, Jared la tomó por los hombros y la volvió hacia sí.

–¿Has tenido un mal día? –preguntó con un tono muy suave.

–Algo así.

–¿Quieres hablar del tema?

Tasha meneó la cabeza.

–No tenemos tiempo.

Él la agarró por la barbilla.

–Podemos hablar un rato.

No, no podían. Ella necesitaba tiempo si quería hacerlo bien. Debían hablar sin distracciones ni restricciones de tiempo. Sabía que si decía algo en aquel momento, él retrasaría la salida el tiempo que fuera necesario. Por un lado, quería hacerlo, lo deseaba. Pero la presencia de él en la cena de aquella noche era muy importante.

–Puede esperar –dijo con una sonrisa un poco forzada.

Él la miró con el ceño fruncido.

–De verdad –le aseguró.

–De acuerdo, más tarde.

Era una capitulación y ella ahogó un suspiro de alivio cuando vio que él dejaba el tema.

Jared se quitó la ropa y se metió en el baño.

Media hora más tarde, Tasha se metió en el asiento del copiloto del Jaguar de él y permaneció en silencio un rato. Después charlaron de temas de trabajo.

Había ganado tiempo; pero no mucho. Al final de la noche, se lo contaría todo y sabría cuáles eran su opciones.

# Capítulo 2

EL EVENTO no fue muy distinto de los otros que solía celebrar el colegio de abogados: el lugar resultó soberbio y la comida, exquisita.

Antes de la cena, un abanico de camareras uniformadas se paseó entre los invitados con bandejas de plata repletas de canapés variados y con copas de champán y de zumo de naranja.

Todo era muy elegante, observó Tasha. Los hombres iban vestidos de esmoquin y las señoras con trajes de noche de diseño aportaban el toque de color.

Algunos colegas se pararon a saludarlos y pasaron un rato charlando con ellos. Eran personas importantes a los que Jared siempre saludaba por sus nombres, sin olvidar en ningún momento en qué despacho trabajaban.

–¿Cómo lo consigues? –le preguntó Tasha.

Él le dedicó una sonrisa que lo hacía aún más atractivo.

–Trucos mnemotécnicos –respondió con una chispa de humor en la mirada.

Durante los años que había pasado en la universidad, estudiando Derecho, había practicado mucho y, en la actualidad, su memoria era una baza a su favor; admirada y temida por todos sus colegas.

Tasha eligió un canapé de la bandeja que le estaban ofreciendo y se lo llevó a la boca, después, le dio un sorbo a su zumo de naranja; normalmente, habría elegido champán.

La cena transcurrió alegremente. La comida estuvo soberbia y sus compañeros de mesa resultaron bastante simpáticos, por lo que no le costó demasiado disimular su estado de ánimo.

Jared debió de notar algo porque, aunque no dijo nada, en más de una ocasión se lo encontró mirándola fijamente. Además, no se separó de ella en ningún momento y ella fue perfectamente consciente de él, del suave roce de su mano en la cintura, de la calidez de su sonrisa.

Solo tenía que mirarlo y sentía que el corazón se le aceleraba y las entrañas se le encogían. Era una especie de locura sensual que la consumía y la derretía.

Aquella manos fuertes y grandes podían hacer magia en ella, y con la boca… ¡Dios Santo! Solo pensar en lo que esa boca podía hacerle le hacía perder el sentido.

Como si él lo supiera, le agarró la mano y entrelazó los dedos con los de ella. Después, con el dedo pulgar le acarició la muñeca,

justo donde la sangre le palpitaba acelerada. Ella le clavó suavemente las uñas en la palma.

¿Sabría él lo que le hacía? No debía de tener la menor duda, admitió. Desde la primera vez que lo había visto, había sentido ese magnetismo masculino que solo él poseía.

Había una pregunta que necesitaba una respuesta, se dijo en silencio, y era cuál sería el efecto que ella causaba en él. Sexualmente, lo que compartían era bueno. Mejor que bueno: maravilloso. Ella habría podido jurar por su propia vida que lo que él sentía no era fingido.

Pero ¿era aquello amor… o solo deseo? Tasha tuvo que reconocer que no estaba segura.

–Vámonos ya –le dijo Jared al oído–. Ya hemos cumplido.

Él entrecerró los ojos al ver la sombra de indecisión que cruzó por la cara de ella. Parecía que se encontraba mal, pensó él. ¿Sería que estaba cayendo enferma? Había admitido que había tenido un día difícil en el trabajo, lo cual no era muy propio de ella; normalmente, se crecía con cada reto.

Tasha no protestó, aunque solo de pensar en lo que iba a suceder a continuación, se le encogía el corazón.

Aún les llevó un tiempo escapar de allí porque tuvieron que despedirse de un par de colegas. Cuando por fin se montaron en el coche, permanecieron en silencio hasta que llegaron a casa al filo de la medianoche. La hora de las brujas, pensó Tasha con ironía.

–¿Quieres un café?

–No, no me apetece.

Jared se acercó a ella y miró preocupado la sombra de debilidad tan evidente en su mirada. La agarró por la barbilla y le levantó la cara.

–Llevas toda la noche con los nervios a flor de piel –dijo con voz aterciopelada–. ¿Por qué?

No le resultaba nada fácil decirle lo que le tenía que decir. Dudó un instante, pensando en las palabras que había ensayado mentalmente… en la oficina, al volver del trabajo, en el coche… y rechazó cada palabra.

–¿Tasha? –la interrogó él–. ¿Qué te ha pasado? ¿Te han puesto una multa? ¿Te has excedido con la tarjeta de crédito? –dijo intentando hacerla sonreír.

Ella miró al cielo y negó con la cabeza.

–¿No? –dijo, pasándole el pulgar por el labio inferior–. ¿Es algo serio?

¡Dios Santo!, exclamó Tasha para sí. No te lo puedes ni

imaginar.

–¿Tengo que seguir haciéndote preguntas o vas a decírmelo tú solita?

Ella descartó andarse por las ramas y fue directa al grano:

–Estoy embarazada.

¿Fueron los años de práctica en los juicios los que lograron que no se le moviera ni un músculo de la cara? No mostró ni sorpresa ni desconcierto y Tasha respondió a la pregunta que creía que él debía haberle preguntado.

–Esta mañana estuve en el médico y me lo confirmó –dijo extendiendo la mano en un gesto de desamparo; después le explicó el motivo por el que había fallado la píldora–. Pensé que seguía estando enferma.

Se había imaginado todo tipo de reacciones; pero nunca pensó que se quedaría en silencio. ¡Dios Santo! ¿Por qué no diría nada? ¿Por qué se quedaba callado?

–No pienso considerar el aborto.

«Este niño es mío», gritó para sus adentros. «Pero tanto como tuyo».

–Nunca te lo pediría –respondió él.

Había pasado toda la tarde y toda la noche en ascuas sobre su posible reacción, agonizando al pensar que la existencia de un bebé podría acabar con su relación.

–Nos casaremos –dijo él, de repente.

Ella se puso tensa.

–¿Por qué? –preguntó en voz alta. «¿Porque me amas?», añadió para su interior.

–Es lo más conveniente.

Ella sintió que el corazón se le hacía pedazos.

–No quiero un matrimonio basado en la obligación. Y estoy segura de que no quiero que mi hijo crezca en un matrimonio sin amor.

Jared entrecerró los ojos.

–¿Sin amor? –dijo con la mandíbula tensa–. ¿Cómo puedes decir eso?

–¿Hemos pronunciado alguno de los dos la palabra «amor»? –él no lo había hecho nunca. Y como él no lo había hecho, ella tampoco–. Somos compatibles sexualmente –en una escala del uno al diez, ella le daba un veinte. Nunca había experimentado nada parecido y dudaba de que pudiera conseguirlo con nadie más–. Pero nunca hemos hablado de matrimonio y, mucho menos, de tener hijos.

Tasha hizo una pausa, sabiendo que se estaba muriendo por dentro.

–Pero ahora estás embarazada.

–Pero no por eso tenemos que casarnos.

–No tenemos que hacerlo, pero te lo estoy proponiendo.

Ella le sostuvo la mirada con firmeza.

–Respóndeme con sinceridad. ¿Si no estuviera embarazada habrías hablado de matrimonio?

«Por favor, dime que sí», le suplicó ella en silencio. «Acaba con mis dudas e incertidumbres; solo tienes que decir una palabra».

La expresión de su rostro no cambió.

–Me imagino que sí, algún día.

Ella sintió como si le hubieran clavado un puñal en el corazón.

–No quiero que te cases conmigo por obligación –dijo haciendo un gran esfuerzo para que su voz sonara normal.

–¿Dos años juntos y aún me cuestionas?

–Dos años en los que los dos hemos sido libres para marcharnos –dijo ella con calma–. Mi definición del matrimonio implica amor y permanencia. Hasta que la muerte nos separe. Si hubieras querido algo así, lo habrías mencionado antes.

–Lo cual interpretas como que prefiero una relación sin ataduras.

–Sí.

–¿Y no podrías estar equivocada?

«Sabes muy bien que me encantaría estar equivocada», le hubiera gustado decir. «Te quiero. Me gustaría pasar contigo el resto de mi vida… como tu esposa, la madre de tus hijos; pero no como la mujer con la que te sentiste obligado a casarte. Prefiero estar sola que obligarte a algo que sé que no quieres».

–No lo creo.

–Pero no estás segura.

–No utilices tus tácticas de abogado conmigo. Ahórratelas para los juicios.

Sin decir una palabra más, se giró y se dirigió hacia su habitación. Agarró su pijama, sacó algunas cosas del cuarto de baño y se marchó al cuarto de invitados. En el camino se encontró de cara con Jared.

Él llevaba la chaqueta en un hombro, se había aflojado la corbata y se había desabrochado un botón de la camisa. Tenía un aspecto desenfadado que la volvía loca.

–¿Qué se supone que estás haciendo? –dijo con los ojos entrecerrados.

–Voy a la otra habitación.

Ella pudo notar cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula en un esfuerzo por controlarse.

–De eso nada.

La suavidad de su voz escondía una advertencia que ella decidió ignorar.

–No quiero hacer el amor contigo.

La mirada de él se oscureció. Durante un instante, su expresión le recordó a una pantera en el instante antes de saltar sobre su presa.

–De acuerdo. Pero vamos a seguir compartiendo la misma cama.

¿Y arriesgarse a sucumbir? Era demasiado consciente de que solo tendría que ponerle una mano en la cadera, seguir el camino tan conocido hacia su vientre, buscar entre los suaves pliegues donde se juntan las caderas… y se rendiría a él.

Cuando se quisiera dar cuenta, ya sería demasiado tarde y estaría perdida.

–No.

–Tasha…

–No –levantó una mano, y después la dejó caer–. Por favor –añadió–, ahora mismo, quiero estar sola.

Fue ese «por favor» lo que le llegó al alma.

–Tenemos que hablar.

–Ya hemos hablado –dijo con una voz calmada, cuando en su interior se estaba haciendo pedazos. Le dolía tanto que, probablemente, llevaría las cicatrices el resto de su vida.

Los ojos de él permanecieron fijos en los de ella durante unos segundos inagotables. Después, se apartó y la dejó pasar.

La habitación de invitados tenía su propio armario con ropa de cama. Así que después de desnudarse y quitarse el maquillaje, hizo la cama, se metió dentro y apagó la lámpara de la mesilla de noche.

No le costó mucho quedarse dormida, pero, por la mañana, se despertó muy temprano.

Al principio, le costó recordar dónde estaba y por qué. La cama era cómoda, pero ella no estaba acurrucada junto al cuerpo musculoso de Jared, como era su costumbre. Echaba de menos el firme latido de su corazón y la seguridad que le proporcionaba el calor de su cuerpo. También echaba de menos hacer el amor con él. A ella le encantaba el hecho de que él nunca pareciera tener suficiente.

Pero todo aquello se había acabado, le decía una vocecilla. «Tú lo has echado a perder».

Entonces, comenzó a llorar, mirando hacia el techo, hasta que la tenue luz del alba fue iluminando la habitación. Primero todo eran sombras, después la habitación se llenó de brillo y color.

Pero aún era muy temprano para levantarse y hacerle frente al día. Pero volverse a dormir era totalmente imposible. Podía ir a la habitación de Jared a por todo lo que necesitaba para ir a la oficina; pero, entonces, se encontraría con él… y eso era algo imposible. Prefería plantarle cara cuando los dos estuvieran vestidos. Pero eso significaba que tendría que esperar hasta las seis y media, cuando él bajaba al gimnasio del la planta baja.

Mientras tanto, decidió darse una buena ducha con la esperanza de que la ayudara a relajarse y a eliminar tensiones. Pero no lo logró.

Después, con mucho cuidado, agarró la ropa que había llevado la noche anterior y entró en la habitación.

La cama mostraba la ocupación de Jared. Las sabanas y mantas estaban revueltas y los almohadones, mostraban que había dormido en más de una posición. Por lo visto, él tampoco había pasado una noche tranquila.

De alguna manera, aquel pensamiento la hizo sentirse mejor.

Se dirigió hacia el vestidor para elegir lo que se pondría ese día. La ropa era muy importante, por lo que eligió la ropa interior más sexy, se puso las medias más sedosas y agarró un traje que acababa de comprar la semana anterior y que aún no había estrenado. Finalmente, se colocó unos zapatos con tacón de aguja con una altura de vértigo. Cuando acabó de vestirse, agarró su bolsa de maquillaje y volvió a la habitación de invitados.

El maquillaje era a la vez una forma de arte y un arma, por lo que ese día se lo aplicó con esmero, resaltando los pómulos y el brillo de los ojos. Después, se recogió el pelo en un moño y se puso perfume.

Así, se encontró lista para afrontar lo que el día le pudiera deparar.

Si tenía alguna esperanza de salir del piso sin encontrarse con Jared, esta se desvaneció cuando entró en la cocina y se lo encontró sentado a la mesa, con un periódico en una mano y una taza de café solo en la otra.

Su rutina al volver del gimnasio solía ser: ducharse, afeitarse, vestirse y, después, desayunar.

Esa mañana parecía que había invertido el orden y al verlo con la camiseta empapada de sudor y el pelo alborotado del ejercicio sintió que le temblaban las rodillas. Aquel aspecto tan mundano

hacía que el corazón le latiera más deprisa.

Él levantó la cabeza al oírla llegar y sus miradas se encontraron.

A él no le dio ningún placer ver en la cara de ella las huellas de que había pasado una noche tan mala como él.

–He hecho café.

Tasha se preparó un té, metió un par de rebanadas de pan en la tostadora y peló un plátano mientras esperaba a que se hicieran. Cuando las tostadas saltaron, las untó con miel y se las llevó a la mesa.

«Parece que vas a continuar así», le dijo él con la mirada.

–En cuanto pueda me marcharé a otro piso –dijo ella con tranquilidad. Tomó aliento y dio un mordisco a la tostada, que casi se le atraganta.

–¿De verdad crees que voy a permitirlo? –dijo él con calma, con demasiada calma.

Ella habría estado dispuesta a jurar que se le había cortado la respiración durante unos segundos, dejándola incapaz de decir nada coherente.

–No es una decisión tuya –logró decir, por fin.

–¿Ah, no? –dijo él con un tono suave que ocultaba algo difícil de definir.

–Es mi hijo y mi cuerpo –dijo como si estuviera empeñada en seguir un camino hacia la autodestrucción.

–Es *nuestro* hijo –la corrigió él–. Y nuestra decisión –añadió, poniéndose de pie, consciente de la diferencia de altura, tamaño y peso.

Él se dio cuenta del brillo de alarma que apareció en los ojos de ella, y se alegró. ¡Caray! Pensaba utilizar todas las ventajas que tuviera a su alcance.

Ella siguió en sus trece.

–Ya he tomado una decisión.

–Cámbiala.

Ella miró la hora.

–Tengo que marcharme o llegaré tarde –agarró su maletín y se marchó.

En la oficina, intentó concentrarse en el trabajo para olvidarse de todo. Hasta que un compañero le señaló algo que ella había pasado por alto. Un error sin importancia, que, en circunstancias normales, nunca habría cometido y que la hizo pensar.

Para comer, encargó un sándwich que se tomó en el despacho, entre dos llamadas a agencias inmobiliarias. Cuanto antes encontrara un piso, mejor. Quedó para ir a ver dos apartamentos al

terminar el trabajo.

La tarde no discurrió mucho mejor que la mañana, por lo que fue un alivio cuando dieron las cinco y todos empezaron a marcharse.

El primer apartamento que visitó no le gustó nada. Podría haber ignorado al hombre petulante de la inmobiliaria si el piso le hubiera gustado; pero no fue así. Además, el alquiler era mucho más alto de lo que se merecía.

El segundo estaba mejor, pero no le gustó la zona.

–Puedo conseguirle lo que quiera si está dispuesta a pagar por ello –le dijo el hombre–. Los dos apartamentos que le he enseñado son del precio que me dijo.

–Tengo que ver unos más mañana. Ya lo llamaré –lo despidió ella con frialdad.

De vuelta a casa, empezó a pensar en la mudanza. El piso y los muebles eran de Jared. Ella solo tenía ropa y algunas joyas. Cuando se mudó con él, dejó el apartamento que tenía y los muebles los guardó en un almacén.

En aquel momento, sonó el móvil, lo sacó del bolso y, al ver quién la llamaba, le dio un vuelco el corazón.

–¿Dónde diablos estás?

–A tres bloques de distancia, parada en un semáforo –le dijo razonable.

–Son casi las siete. ¿No se te ocurrió llamar para decirme que llegarías tarde?

–No me di cuenta de la hora que era –el semáforo se puso en verde y los coches comenzaron a moverse–. Tengo que dejarte –cortó ella, sin darle la oportunidad de responder.

Cuando entró en casa, Jared estaba esperándola en el vestíbulo, con las manos en los bolsillos del pantalón.

–Quizá no te importe mucho decirme dónde has estado.

Lo mejor era decirle la verdad.

–He estado viendo unos apartamentos –dijo mientras se empezaba a desabrochar la chaqueta. Después, se paró a mitad de camino al recordar que debajo solo llevaba el sujetador… Uno muy pequeño de encaje transparente.

Tasha vio que los ojos de él se incendiaban. Inmediatamente, volvió a abrocharse los botones.

–Es inútil. No vas a ir a ninguna parte.

Calma. Todo lo que necesitaba era permanecer en calma.

–No creo que tengas ningún derecho a decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer.

Jared levantó una mano y señaló hacia una habitación.

–¿Por qué vas a mudarte si podemos compartir este piso?

«¿Y verte cada mañana y cada noche? ¿Habitaciones separadas, comidas separadas y conversación formal? ¿Y morir un poco cada día?».

–No me parece una buena idea –fue todo lo que dijo.

–Tasha.. –su voz tenía una advertencia velada que ella decidió ignorar.

–No tengo ninguna intención de negarte el acceso –dijo ella con un orgullo temerario.

–¿A ti?

–Al niño –lo corrigió ella.

–Pero no puedo vivir con él.

–No quiero que el niño crezca con la sensación de que su padre es solo una figura temporal que puede marcharse de su vida en cualquier momento.

Él la miró con dureza.

–Sabes que nunca haría eso.

–Quizá no –esperó un segundo–. Sin embargo, puede que tu futura esposa no esté muy por la labor de aceptar a un niño de otra relación.

–Como tú serás mi esposa, eso no sucederá.

Ella levantó una ceja.

–¿Acaso esperas que acepte esa propuesta? Sé muy bien que si no hubiera sido por el niño nunca me lo habrías pedido. Muchas gracias, pero no.

La mandíbula de él mostraba toda su tensión.

–No recuerdo haber dicho que no pensara casarme contigo.

Era bueno, muy bueno. Pero las palabras eran su profesión y sabía utilizarlas muy bien para confundir y persuadir.

–No hacía falta.

–Estás siendo realmente cabezota.

–¿Ah, sí? –preguntó ella después de tomar aliento–. Me imagino que esa es mi opción –añadió mirándolo desafiante–. Ahora, si me disculpas, voy a refrescarme –dijo mirando el reloj–. Ya se me está haciendo tarde.

–¿Tarde para qué?

La voz de Jared ocultaba un amenaza que ella decidió ignorar.

Eloise me llamó para decirme que Simon va estar fuera unos días, así que le sugerí que quedáramos para cenar.

–¿Una cena de chicas?

–Sí –le confirmó ella, pasando por su lado para entrar en la

habitación donde había dormido la noche anterior. No le llevó mucho tiempo refrescarse y retocarse el maquillaje.

Jared la vio salir al vestíbulo preparada y sintió una punzada de deseo muy familiar. Ella era todo lo que quería, todo lo que necesitaba. ¡Caramba! Ella era *suya*.

Solo pensar que otro hombre podía acercársele… o, peor aún, que tuviera el derecho de… No podía ni siquiera imaginárselo.

–Tasha…

Ella se volvió cuando alcanzaba la puerta y esperó mientras él se acercaba.

–¿Sí?

–¿No olvidas nada?

Ella entrecerró los ojos sorprendida. «El bolso, las llaves…», repasó en silencio.

–No, creo que no…

–Esto –murmuró él y le agarró la cara con una mano para darle un beso en los labios. Un beso suave y delicado que, después, se convirtió en algo más profundo y evocador.

Al separarse de ella, sonrió débilmente, consciente de que ella le había respondido sin darse cuenta.

«¡Dios!», pensó ella en el ascensor. ¿Por qué tendría que hacerle aquello? Todavía podía sentir la suave presión de sus labios, la suave caricia con la lengua. Eso por no mencionar la aceleración de su corazón.

Hizo una llamada rápida a su amiga Eloise para decirle que iba a llegar un poco tarde y arrancó el coche. Había mucho tráfico por el centro; por eso, cuando llegó, ya eran casi las ocho.

–Lo siento muchísimo –se disculpó al entrar.

La rubia atractiva que le estaba sonriendo le señaló una copa que tenía en la mano.

–Un caballero muy amable le dijo al camarero que me trajera una copa de champán y una nota en la que me invitaba a pasar la noche.

–Por supuesto, rechazaste la invitación.

–No creas que no era tentadora –dijo su amiga con solemnidad.

Tasha ahogó una carcajada. Conocía a su amiga desde el colegio cuando se desahogaban la una con la otra contándose las penas que les causaban las espinillas y los aparatos de los dientes y cuando las dos se enamoraban del cantante de moda.

Las dos habían tenido varias relaciones y siempre se habían apoyado cuando una de ellas rompía. Ahora, Eloise estaba felizmente casada con Simon, y Tasha estaba con Jared… y

embarazada.

Tasha agarró el menú.

–¿Qué vamos a comer?

Cuando llegó el camarero para ver qué les apetecía beber, ella pidió agua fría.

–Es que tengo que conducir –adujo, consciente de que era una excusa muy pobre.

–Yo también, pero una copa no nos hará cometer locuras.

Eligieron unas ensaladas de primero, nada de segundo y, de postre, unas galletas con queso y fruta.

–Pensé que vendrías con Jared.

–¿Desilusionada?

–En absoluto. Pero reconoce que últimamente ya nunca nos vemos solas.

–Sin los hombres del momento…

–Venga, suéltalo ya.

Tasha agarró su copa de agua y le dio un trago.

–¿Qué te hace pensar que hay algo?

–Tasha, nos conocemos desde hace muchos años. ¿Vas a contármelo o quieres que sigamos como si no pasara nada?

Eloise lo descubriría tarde o temprano, así que lo mejor era decírselo.

–Estoy embarazada.

–¿Estás de broma?

–Ojalá.

–¿Qué quieres decir con «ojalá»? Quizá no lo tuvieras planeado, pero, Tasha, un bebé… Creo que es maravilloso –se inclinó hacia delante–. ¿Cuándo es la boda?

–No va a haber boda.

–¿Qué?

–No me voy a casar con Jared.

–Esto es muy serio –dijo, dejando los cubiertos en el plato–. ¿No te lo ha pedido?

–Sí.

–¿Y tú lo has rechazado? ¿Estás loca?

Era bastante probable.

–No quiero casarme por obligación.

–Cabezota –la acusó Eloise, con una sinceridad brutal–. Te estás portando como una cabezota ridícula y patética.

–Cabezota, ¿eh?

–Olvídate de los sueños y agarra la realidad: cásate con él, Tasha.

–Sí, ya. Y tener que preguntarme cada día cuánto va a durar o si se buscará alguna aventura.

–Así hay muchos matrimonios.

–Y más estúpidas son las mujeres que los consienten.

–Te sorprendería saber cuantas.

–¿A cambio de la mansión, el nivel profesional y social, los viajes al extranjero…?

–Eso es mejor que ser la amante.

–¿Lo dices por mí?

–¿Qué cambiaría si te casaras? –le preguntó Eloise–. Lo adoras y él, obviamente, te adora a ti. Tasha, lleváis dos años viviendo juntos. De acuerdo, no planeasteis el embarazo, ¿y qué? Ha sucedido así y no puede cambiarse. Bueno sí, pero conociéndote como te conozco no creo que pienses en abortar.

–No.

–¿Le negarías a tu hijo un padre y la estabilidad de una relación con sus padres…? ¿Solo por orgullo?

–No lo entiendes.

–Pon los pies en la tierra, Tasha.

–Tú te has casado por amor.

–Por si no te acuerdas, no fue un camino de rosas hasta el altar.

Tasha lo recordaba muy bien; sin embargo, al final, habían resuelto sus diferencias y estaban felizmente casados.

–¿Crees que soy una idiota?

–Sí.

No había nada como la honestidad.

–Sin embargo, voy a hacerlo a mi manera.

–No me cabe la menor duda.

Unos minutos después, llegó un camarero con una bandeja con fruta fresca, nueces, queso y galletas saladas.

–Yo quiero un té –le pidió Tasha después de rechazar el postre–. ¿Qué tal van los negocios?

–Muy bien. Sin embargo, Simon y yo no nos vemos mucho.

–Me imagino que no se puede tener todo –le dijo Tasha.

Eran casi las once cuando se marcharon del restaurante. Hacía una noche preciosa y Tasha pensó que no debería castigarse a sí misma.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué no aceptaba la propuesta de Jared y se convertía en la señora North? ¿Por qué no le daba a su hijo un padre legítimo y al diablo con sus ideales?

Necesitaba que la viera un médico. Cualquier otra se casaría encantada y aceptaría de muy buen grado lo que Jared le había

ofrecido. Sabía que ella le importaba. ¿Así que qué importaba si el deseo era un pobre sustituto del amor?

Cualquier otra mujer aceptaría mucho menos. Solo había que pensar en la fortuna de Jared y su nivel social y profesional. Era un hombre generoso, en la cama y fuera de ella. ¿Acaso no era aquello suficiente?

¿Acaso era un tonta por desearlo todo?

La respuesta no podía ser otra: «sí».

# Capítulo 3

EL PISO estaba en silencio cuando llegó a casa. Fue directa a la cocina, donde se sirvió un vaso de agua.

¿Estaría Jared en casa?

No le gustó pensar que podía haber salido. En ese caso, la habría llamado o, al menos, le habría dejado algún mensaje en el móvil.

–¿Te lo has pasado bien? –saludó él, desde la puerta de su estudio.

La habitación tenía las paredes forradas de estanterías repletas de libros y, junto a la ventana, había un escritorio del siglo XVIII donde tenía un ordenador y una pila de documentos legales.

Llevaba unos pantalones vaqueros negros, una camisa de algodón blanco con el cuello desabrochado. Tenía el pelo un poco alborotado. Todo ello le confería un aspecto bastante salvaje, casi diabólico. El pelo negro, los ojos oscuros, la piel bronceada y una expresión insondable mientras la miraba.

Tasha se sintió extraña. Normalmente, se habría acercado a él y lo habría besado, segura de que la recibiría con un abrazo y un beso más profundo.

Algunas veces, charlaban, pero, la mayoría de las veces, él le pasaba un brazo por debajo de las rodillas y se la llevaba a la habitación. Rápido y furioso, lento y amable… una cosa sucedía a la otra de manera interminable mientras le hacía el amor hasta bien entrada la noche. Muchas veces, no hablaban hasta por la mañana, mientras se daban una ducha juntos, desayunaban o se vestían para ir al trabajo.

En aquel momento, Tasha permaneció quieta, sintiendo una inseguridad muy rara mezclada con la innegable atracción sexual.

–Sí.

Jared no se movió y ella sintió la tentación de continuar su camino hacia la habitación de invitados donde había pasado la noche anterior.

Pero Jared parecía estar al acecho y en su mirada había una advertencia velada que le hizo pensárselo mejor.

–¿Tienes mucho trabajo? –preguntó ella con suavidad.

Era una pregunta innecesaria. Tasha sabía muy bien que él era del tipo de hombre que podía dormir cuatro o cinco horas y enfrentar el día siguiente con ánimo y energía.

–Con unas cuantas horas ya está.

Lo dijo arrastrando las palabras y el tono hizo que se le pusiera

carne de gallina. Los dos se estaban portando de manera muy cordial. Demasiado cordial, pensó ella, consciente de que sus palabras ocultaban una cierta agresividad.

¿Con ella? Por supuesto que con ella. ¿Con quién si no? El embarazo había sido por su culpa. Aunque no por completo, claro, pero podría haberse dado cuenta… Mejor aún, *debería* haberse dado cuenta de lo que le estaba pasando y haber tomado precauciones extras.

Lo habría hecho, pero ni siquiera pensó en el embarazo.

¿Habría habido intervención divina? ¿Habría puesto Dios a prueba su relación? Porque la verdad era que estaba perdiéndolo todo. Lanzó una maldición en silencio.

–Buenas noches –dijo y dio un paso hacia su habitación, pero él la paró con un brazo. La agarró por los hombros y, con firmeza, le levantó la cara hacia él.

–No.

«Dios Santo, estaba cerca, muy cerca».

–Por favor… –añadió con voz temblorosa.

Jared le pasó un dedo por el labio inferior.

–¿Tienes miedo, Tasha?

–¿De ti? No.

–Qué valiente –dijo él con un toque de ironía que ella decidió ignorar.

Aunque necesitaba valor para continuar fría mientras su corazón parecía que se le iba a saltar del pecho.

–¿Qué pretendes?

–Nada.

–No digas que nada –consiguió decir ella.

Él cerró la boca sobre la de ella y con la lengua se abrió camino con un beso evocativo y provocador.

Durante un instante, ella empezó a responder, por instinto, de manera automática. Después, reaccionó y se puso tensa. Cuando él la soltó no sabía si sentir pena o alivio.

–No juegas limpio –dijo ella sin aliento, intentando calmarse.

–¿Pensabas que iba a hacerlo?

Ella lo miró, se dio cuenta de su mirada negra penetrante y reconoció que necesitaba actuar con la cabeza y no con el corazón.

–No.

Bajo una fachada de sofisticación, había un hombre primitivo con una fuerza despiadada y una voluntad indomable. Aquellas características hacían de él un hombre temido en los tribunales… y fuera de ellos.

Un hombre sensual, añadió ella para sus adentros. Experto en el arte de amar y de satisfacer a una mujer. Podía amar con pasión intensa y con gran ternura… una mezcla que dominaba a la perfección. En todo lo que hacía también había un toque de severidad, dulce y bien controlada, pero no por ello menos exigente.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Jared North era una persona a la que nadie en su sano juicio le gustaría tener como enemigo.

–Me voy a la cama –dijo ella, alejándose lentamente.

–Que descanses.

Tasha ignoró el deje irónico de su voz y decidió no responderle. Entró en la habitación y encendió la luz, después cerró la puerta detrás de ella y se quedó apoyada en ella unos minutos. Necesitaba calmarse, recobrar la compostura.

Estaba cansada, mental, emocional y físicamente. Pero dudaba que fuera a descansar; tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza.

Intentó no pensar en nada mientras se ponía el camisón y se quitaba el maquillaje antes de meterse en la cama.

Después, debió de quedarse dormida.

El sueño que tuvo fue muy realista, tanto que cuando sintió que le arrancaban a su hijo de sus brazos, gritó. Le gritó a la enfermera que se lo devolviera, pero de su garganta no salió ninguna voz. Volvió a intentarlo y esa vez puso más empeño en que le saliera la voz. A pesar de todo, la enfermera siguió caminado. Ella intentó salir de la cama para seguirla, pero se encontró atrapada en una serie de tubos imposibles de desconectar por mucho que tirara de ellos.

Después, escuchó una voz familiar y unas manos le aportaron calma y tranquilidad. Luego, el escenario cambió. El bebé había crecido y estaba riéndose mientras jugaba con unos juguetes en el jardín de una casa. Ella lo observaba con orgullo maternal.

Sueños, fantasías, deseos. Quizá un poco de cada cosa. Cuando se despertó tenía un recuerdo vivo de lo que había sucedido. La luz del amanecer se colaba por la ventanas; pero aquella no era la habitación de invitados, ni ella estaba sola.

¿Habría gritado durante la noche?

–Me llamaste –le dijo él.

Jared había entrado corriendo en la habitación al percibir el primer grito y, cuando escuchó el segundo, la tomó en brazos. El grito tortuoso le había helado la sangre y necesitó apretarla con fuerza mientras la acariciaba para calmarla. Después, se la llevó a

su habitación y durmió con ella entre sus brazos toda la noche.

¿Sería ella consciente de que se había aferrado a él con fuerza durante toda la noche? ¿Gimoteando de manera instintiva cada vez que él aflojaba el abrazo para dejarla dormir más cómoda?

Tasha sintió el latido fuerte y firme de su corazón en la mejilla, sintió el calor y la suavidad de su piel, y experimentó una sensación familiar que crecía en su interior. Después, el pulso acelerado, la sensibilidad de la piel, la consciencia que le electrificaba el cuerpo y se lo dejaba suelto, esperando con ansiedad la caricia de sus dedos y el roce de sus labios.

Solía suceder cada mañana antes de entregarse al amor. Eran los signos de una dulce seducción.

Después, solían saltar de la cama para compartir una ducha refrescante y placentera. A continuación, se vestían y tomaban el desayuno juntos antes de salir para el trabajo.

Pero aquella mañana era diferente.

En las últimas cuarenta y ocho horas, habían cambiado demasiadas cosas. Ya no existía la refrescante amistad y aquello no era el santuario de una unión lenta y placentera. Ahora había barreras, dudas, reservas.

Inseguridades y resentimientos sin aclarar, añadió ella en silencio, consciente de que cada segundo que permaneciera allí sería considerado como una invitación.

Después de dos años de hacer el amor sin restricciones, aún sentía los nervios del primer día.

–Tengo que levantarme.

Jared deslizó la mano desde sus costillas hasta su estómago.

–Quédate.

Ella contuvo el aliento. Si se quedaba solo podía ser para una cosa y, aunque lo deseaba con todo su ser, no podía. Después, se despreciaría por haber cedido.

–No puedo –dijo con la voz rota. Con un deje que le hizo más daño que las palabras.

–Quédate –volvió a decir él–. Conmigo.

¿Sabría él lo difícil que era para ella negarse? ¿O lo fácil que sería ceder? Pero su amor no era correspondido ¿Podría sobrevivir así? No, no podría y solo aceptaría un compromiso total y completo. Un compromiso hecho por amor, no por obligación.

En aquel preciso instante necesitaba salir de su cama y poner distancia entre ellos, porque si llegaba a besarla estaría perdida.

–Hoy, tengo que llegar pronto a la oficina.

Mientras decía aquellas palabras, se escurría de sus brazos, con

decisión. Él no hizo nada para detenerla.

Si se duchaba en el cuarto de baño del dormitorio de él, podía interpretarlo como una invitación y la intimidad creada podría ser más de lo que podría soportar. Por eso, decidió volver a su cuarto.

Mientras se secaba el pelo, pensó que toda su ropa, incluida la ropa interior, estaba en la habitación de Jared. Con las prisas por salir del cuarto, no se había parado a recoger nada y ahora tenía que volver.

Con un poco de suerte, Jared estaría en la ducha y no la vería. Pero no. Cuando abrió la puerta, se encontró con Jared, medio desnudo. Solo llevaba unos calzoncillos de seda que se le pegaban a los músculos de la piernas mientras se inclinaba para agarrar una camisa blanca.

No hubo manera de evitar la espiral que le recorrió la columna. Intentar pararla hubiera sido como intentar parar un maremoto, imposible.

Una parte de ella lloraba la perdida de su relación, su amistad, su camaradería. Hacía una semana, se habría acercado a él, habría levantado la cara y lo habría besado, mientras le acariciaba la piel sedosa de su torso. Prolongando unos instantes más la delicia de su unión.

Le encantaba mirarlo y tocarlo, la suavidad masculina, el sutil aroma de la colonia mezclada con la piel… Le encantaba fundirse con él y sentir la seguridad de sus brazos… Su boca…

Dios Santo, solo pensarlo y el placer erótico despertaba todos sus sentidos calentándole la sangre.

«¡Ya está bien!», se amonestó en silencio.

Tomó aliento y recogió todo lo que necesitaba. Después, volvió en silencio a su habitación.

Cuando entró en la cocina, Jared estaba sentado a la mesa.

–¿Tienes algo especial hoy?

Ella lo miró con sorpresa.

–Como dijiste que tenías que ir temprano a la oficina…

Él era un experto en interpretar el lenguaje corporal y ella era realmente transparente. Una mujer sincera y real, sin disfraces.

–Tengo unas cuantas cosas atrasadas –consiguió decir ella.

En parte era verdad. Tenía cosas que hacer pero no eran un motivo para ir a la oficina más temprano de lo habitual.

Acabó su café con tostadas y agarró su maletín.

–A lo mejor llego tarde esta noche.

Jared la miró fijamente.

–Yo también, no me esperes para cenar –después extendió una

mano hacia ella y le agarró el brazo–. ¿No te olvidas de algo?

Se aprovechó de que la había pillado por sorpresa y la acercó hacia él, sellando sus labios con un beso.

Tasha tenía los labios más dulces y más generosos que conocía y los saboreó lentamente, recreándose en ellos antes de que el beso se convirtiera en algo realmente sensual.

Tasha intentó hacerse la dura y, durante un par de segundos, lo consiguió. Después, sucumbió a la magia embriagadora de su caricia.

Cuando levantó al cabeza, ella hizo un esfuerzo para no atraerlo de nuevo hacia sí.

Con los ojos aún cerrados se pasó la lengua por los labios.

Tenía que buscarse un apartamento, decidió. Inmediatamente. Cuanto más tiempo estuviera en el piso de Jared, más difícil sería resistir la tentación.

Jared era un verdadero seductor, reconoció ella con ironía. Aquel toque de calor y pasión de su mirada, la suavidad de sus caricias, la curva sensual de sus labios… todo hacía que sus sentidos se enervaran y que se encontrara perdida, atraída hacia él como una polilla hacia la llama.

Y ella no quería quemarse. Tenía que sobrevivir.

Sin decir ni una palabra, se dirigió hacia la puerta, salió sin hacer ruido y llamó al ascensor.

El día resultó un desastre; todo lo que podía salir mal, salió. Dos auxiliares llamaron diciendo que estaban enfermos, por lo que ese día hubo muchos documentos que no estuvieron listos para cuando los clientes llegaron.

Al superior inmediato de Tasha le dio una fuerte migraña a media mañana y tuvo que marcharse a casa, por lo que Tasha tuvo que reorganizar todas sus citas.

La comida la pidió por teléfono y se la tomó en el despacho mientras llamaba a varias agencias inmobiliarias con la esperanza de poder ver algún apartamento más después del trabajo.

Cuanto antes se mudara, mejor. Una cosa era que su subconsciente le jugara malas pasadas y tuviera pesadillas, y otra muy diferente que acabara llamando a Jared en sueños.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Al despertarse en sus brazos había corrido demasiado peligro.

¿Sabría él lo vulnerable que ella podía llegar a ser? ¿O lo difícil que le había resultado no tocarlo o no ceder a sus caricias?

Esa mañana, había logrado escaparse. ¿Pero cuánto tiempo tardaría en ceder, especialmente cuando Jared estaba decidido a

aprovecharse de cualquier situación? ¿Un día, dos, tres? Después, estaría pedida y eso significaba que no lograría su independencia y probablemente tendría que aceptar una boda en unos términos que no la satisfacían.

Entonces, sintió como si le clavaran un puñal en el corazón y una increíble tristeza hizo que sus ojos se anegaran de lágrimas. Casarse con Jared sería lo mejor que le podía pasar en este mundo; él era su amor, el aire que respiraba. Pero ella no quería una boda conveniente basada en el deber.

Tampoco podía soportar pensar que él se sentía atrapado, obligado a hacer lo más *honrado* debido a la existencia de un bebé.

Algunas personas habían mantenido una relación de pareja y habían criado hijos sin casarse. Pero iba contra sus principios condenar a su hijo a una falta total de compromiso.

Y si un matrimonio sin amor estaba fuera de su agenda, entonces, lo mejor era establecer unos límites sin falsas esperanzas o malos entendidos desde el principio.

Por fin, logró dar con un par de agentes que tenían algo que ofrecerle y quedó con ellos para después del trabajo.

Después de las cinco, salió de la oficina y se encontró con el primer agente en la dirección en la que iba a ver el primer apartamento.

Ella había sido muy clara con los requisitos y este no los cumplía: no tenía ni ascensor ni garaje. El segundo, le pareció un poco mejor. Sin embargo, aún le quedaban dos por ver, pensó Tasha mientras volvía a subirse al coche para ir a la dirección donde había quedado con el segundo agente.

El sitio estaba muy bien y el edificio era moderno. Mientras caminaba hacia la entrada pensó que aquello prometía.

Una media hora más tarde, estaba firmando el contrato de arrendamiento. Le entregó al agente un cheque y quedó en que recogería las llaves al día siguiente para mudarse el sábado.

Había sido, pensó mientras se unía al caudal de tráfico que cruzaba el puente, un decisión muy sensata.

Entonces, ¿por qué se sentía como si fueran a amputarle un brazo?

La vida estaba llena de cambios, se dijo para animarse. Y ella haría que ese fuera para bien.

Comenzó a hacer una lista mental de las cosas que tenía que hacer. Tenía que contratar un camión de mudanzas para que recogieran sus muebles del guardamuebles. Después tenía que llamar a la compañías de teléfono, luz y agua para darles sus datos.

Tenía que hacer algunas compras…

Fue un alivio cuando vio que Jared no tenía allí el coche. Entró en casa y fue a tomar algo ligero. Después, se quitó el traje de chaqueta, se dio una ducha y se sentó a la mesa del comedor con su ordenador portátil.

En su profesión el orden era muy importante y Tasha respetaba mucho su trabajo y a los clientes del despacho. Su salario era acorde con su experiencia y tenía la esperanza de que, con el tiempo, la hicieran asociada y, más tarde, socia.

El hecho de convertirse en una madre soltera no debía alterar aquellos objetivos. Un buen número de mujeres lograban criar a sus hijos y mantener su carrera y ella también lo lograría.

Había niñeras profesionales, guarderías… Enviar al niño a un internado era otra posibilidad, pero no antes de los doce años. Compartiría el niño con Jared dos fines de semana al mes e intentaría tomar las vacaciones para que coincidieran con las del colegio.

Todo iba a funcionar, se dijo con decisión.

De manera instintiva se llevó una mano al vientre. Se preguntó qué tamaño tendría el feto en aquel momento y cómo iría su desarrollo y decidió que se compraría un libro sobre el embarazo.

Hasta entonces, tenía trabajo que hacer, por lo que volvió a concentrarse en la pantalla del ordenador.

Allí la encontró Jared. Con dos libros de leyes abiertos sobre la mesa, su agenda y una taza de café vacía en medio de unos papeles.

–¿Todavía sigues trabajando?

Tasha levantó la cabeza un segundo para mirarlo y volvió a lo que estaba haciendo.

–Sí.

Él fue a la cocina, sacó un brick de leche del frigorífico y se sirvió un vaso que se bebió de un trago.

–¿Has tenido un día duro? –preguntó desde la puerta.

Estaba pálida y tenía una sobra oscura bajo los ojos. Tuvo que contenerse para no dirigirse hacia donde ella estaba, pulsar la tecla de guardar y cerrarle el ordenador.

Hacía solo dos noches eso era lo que habría hecho. Habría ahogado sus protestas con un beso y se la habría llevado a la habitación en brazos. Allí la habría desnudado y habría disfrutado con ella haciendo el amor de manera lenta y placentera.

–No te lo puedes ni imaginar –le contestó ella, sin mirarlo.

No hacía falta mirarlo para perder la concentración por completo. Para eso solo era necesaria su presencia.

–Deberías descansar.
Entonces sí levantó la cabeza.
–¿En qué siglo vives… en el XIX?
Se acercó a donde ella estaba, consciente de que solo estaba cubierta por una bata de seda que revelaba la forma de sus pechos. Unos pechos duros que él conocía muy bien. Logró controlar la necesidad de desabrochar el cinturón de seda para acariciar su pechos y sus sonrosados pezones.
En lugar de hacer lo que más deseaba, se contentó con quitarle las horquillas que ella se había puesto para recogerse el pelo mientras trabajaba.
Tasha sintió el peligro.
–No, por favor –suplicó con un suspiro, odiando la vulnerabilidad evidente de su voz.
Él dejó sus manos en la curva de sus hombros y, después, las deslizó sobre sus brazos.
–Es tarde, Tasha –dijo con calma y un toque de caballerosidad–. Recoge ya y vamos a la cama.
Como si fuera a irse con él.
¿Debería decirle que quería trabajar hasta que estuviera tan exhausta que se quedara tan dormida que ningún sueño penetrara su subconsciente?
–En unos cinco o diez minutos acabo.
Jared se quitó la chaqueta y se la echó por el hombro.
–Voy a darme una ducha.
¿Cuánto tiempo tardaría en volver a por ella si ella no aparecía? La verdad era que no tenía ni idea de lo que haría. Nunca un enfado les había durado hasta por la mañana. De hecho, aparte de las veces que salían de viaje, la noche anterior había sido la primera vez que dormían en camas separadas.
¿No pensaría él que lo había olvidado todo y había decidido no mudarse a otro sitio? ¿No creería que lo único que necesitaba era algo de tiempo y paciencia por su parte para que ella aceptara?
Si era así, se iba a llevar una sorpresa muy desagradable.
Tasha miró la hora y vio que eran casi las doce. Ya era bastante por un día, decidió, y se puso a recoger todo.
En unos minutos, había llevado los libros a la biblioteca y había ordenado sus documentos y se dirigía hacia su dormitorio.
Si iba a buscarla… Bueno, ya se las arreglaría cuando llegara, pensó mientras se acurrucaba bajo las sábanas.
Se quedó dormida rápidamente. Tan rápidamente que no oyó cuando la puerta se abrió y Jared entró en la habitación.

Jared se dirigió hacia la cama y se quedó un rato mirándola, observando sus facciones suaves en reposo, la manera en que su pelo se extendía sobre la almohada. Tenía la inocencia de una niña.

Sintió que el estómago se le encogía. Suya. Su mujer. Cabezota, independiente y orgullosa. No iba a perderla. Por nada del mundo la perdería.

Le hubiera gustado meterse en la cama con ella y abrazarla durante toda la noche. Despertarla al amanecer y ver cómo ella lo abrazaba.

Permaneció allí mucho rato, mirándola; después, dio media vuelta y salió de la habitación en silencio.

## Capítulo 4

JARED se fue muy temprano por la mañana. Prefería trabajar en su despacho cuando nadie había llegado porque necesitaba mucha concentración para repasar los testimonios y preparar sus alegaciones.

A Tasha le dejó una nota pegada a la tostadora.

El juicio en el que estaba trabajando estaba resultando arduo, con muchos testigos y con un abogado de la acusación al que le encantaba alardear con el jurado. Era un hombre de pocos escrúpulos que llevaba la ley al límite.

En la sesión del día anterior, había notado una contradicción. Quizá algo insignificante; pero quería repasar cada detalle.

El centro estaba vacío a esas horas y el trafico era casi inexistente. Ya estaba comenzando a clarear y el aire fresco prometía otro día agradable de principios de verano. El río parecía un espejo en el que se reflejaban los rascacielos de acero y cristal.

Casi todos los semáforos parecían estar de su lado, por lo que tardó incluso menos de lo que había previsto. Metió el coche en el garaje del sótano del edificio donde trabajaba, insertó su tarjeta en la ranura para abrir y, finalmente, dejó el coche en su reservado.

Todavía tenía tres horas para preparar la sesión antes de que comenzara el juicio.

El ascensor lo llevó rápidamente a la planta donde estaban las oficinas de su despacho. Cuando llegó, todavía no había nadie, ni una secretaria. Saboreó el silencio y la soledad mientras se dirigía a su oficina y abría la puerta.

Desde aquel momento, se metió de lleno en el caso. Repasó todos los testimonios, sus detalles y los defectos. Pensó en cómo habrían afectado al jurado y cómo podía él dirigir sus preguntas para obtener el máximo efecto.

Dejó a una lado cualquier pensamiento relacionado con su vida privada. Y eso incluía a Tasha.

Esa noche, se concentraría en todos sus asuntos personales. Además, todavía tenía el fin de semana para convencer a Tasha de que se quedara con él. Tenía que conseguirlo.

Mientras tanto, el asunto que tenía entre manos y su aparición ante el jurado tenían prioridad absoluta.

Tasha desconectó el teléfono móvil, tachó otra línea de la lista y

salió a recibir a su cita de las once y media.

Una hora más tarde, hizo la tercera llamada, firmó unos documentos, tomó un sándwich para comer y continuó con las llamadas.

Esa tarde, se marchó de la oficina temprano y llegó a su nuevo apartamento unos minutos antes que el camión del almacén. En poco tiempo, los encargados bajaron todos los muebles y algunas cajas y los colocaron donde ella les iba diciendo.

Lo primero que hizo fue conectar el frigorífico y sacar ropa de cama para meterla en la lavadora antes de utilizarla. Después empezó a sacar los utensilios de la cocina: cubiertos, cacerolas, platos, vasos….

Cuando terminó ya era muy tarde, mucho más de lo que había calculado. Tenía hambre y estaba cansada… pero satisfecha. Lo único que tenía que hacer el día siguiente era ir a recoger su ropa a casa de Jared e ir de compras al supermercado.

Un sonido insistente taladró el silencio de la habitación y Tasha fue a donde estaba su bolso para sacar el móvil.

–¿Dónde diablos estás? –le preguntó Jared con un tono helado.

–Te dije que no me esperaras para cenar –le dijo ella con toda la calma que pudo.

–¿Sabes la hora que es?

Ella no había mirado al reloj, por lo que abrió los ojos sorprendida al ver que eran casi las doce.

–Lo siento, no me di cuenta.

–¿Dónde estás?

No había nada como la verdad.

–Estoy arreglando mi nuevo apartamento.

El silencio que se hizo fue tan rotundo que se habría oído un alfiler caer al suelo.

–¿Te importaría repetírmelo? –le pidió Jared con un tono a la vez suave y peligroso.

–No creo que tengas ningún problema de oído.

–Tasha –dijo él con una advertencia.

–¿Qué parte no entendiste cuando te dije que me marchaba?

Su enfado era palpable y ella podía sentir el esfuerzo que estaba haciendo por mantener el control.

–¿Dónde estás?

–Te daré la dirección mañana cuando vaya a por mi ropa –le dijo fría, calmada y con mucha educación–. Buenas noches.

–¿No vas a venir a casa?

La decisión estaba tomada y no pensaba cambiarla.

–Te veré por la mañana –dijo ella y cortó la comunicación antes de que él tuviera la oportunidad de decir nada.

Tasha se quedó mirando al móvil como si fuera un objeto extraño. Después, lentamente, fue recorriendo la habitación con la mirada. Dios Santo, ¿qué había hecho?

Sintió que el estómago le rugía de hambre. Se dirigió hacia su maletín y sacó un plátano que se había llevado a la oficina y no había tocado. Luego, se tomó un gran vaso de agua y se sintió bastante mejor. Se daría una buena ducha, prepararía la cama y, con un poco de suerte, no tardaría mucho en quedarse dormida.

Afortunadamente, así fue. El día anterior había sido bastante duro, por lo que durmió bien y hasta tarde. Cuando se levantó, se volvió a poner la misma ropa y fue a una cafetería a desayunar. Después, bajó al garaje para tomar su coche e ir al piso de Jared.

Mientras sacaba la llave para abrir la puerta, sintió que los nervios comenzaban a agarrotarle el estómago.

En parte, deseaba que ya hubiera salido, pero la fortuna no estaba de su lado. Cuando entró, él estaba allí, esperándola, con un aspecto bastante taciturno, vestido con unos vaqueros negros y un polo negro. Parecía una pantera. Alto, con los hombros anchos, las caderas estrechas, las piernas largas y en la cara la expresión severa.

–Si no te importa, voy a recoger mis cosas –dijo ella con educación, mirándolo inquieta como si él fuera a saltar sobre ella.

–¿Y si me importa?

Ella tomó aliento y levantó ligeramente la barbilla.

–Ya hemos hablado de esto –dijo, caminando hacia el dormitorio.

Pero tuvo que frenar en seco porque él se puso delante.

–Quizá tú ya hayas hablado, pero yo todavía tengo mucho que decir.

–No servirá de nada repetir lo que ya hemos dicho –dijo ella, intentando rodearlo para sacar un par de maletas de uno de los armarios del pasillo.

Después, se marchó hacia la habitación principal. Jared la siguió y se quedó de pie, observándola. Desde luego, sabía controlarse, pensó ella. Pero ¿durante cuánto tiempo? Nunca antes había tenido la ocasión de comprobarlo y no estaba segura de querer empezar en aquel momento.

–¿No hay nada que pueda decir o hacer para hacerte cambiar de opinión? –preguntó Jared mientras ella sacaba sus cosas de los cajones.

Aquellas palabras contenían una advertencia velada que ella

decidió ignorar.

–No.

Esa pareció su última palabra. De repente, nada más pronunciarla, un dolor le atravesó el pecho y la dejó sin respiración.

«Contrólate», le dijo una voz interior. «Ya has tomado tu decisión. Así que adelante con ella».

Se dirigió hacia el armario empotrado y empezó a descolgar la ropa. Con dos maletas no iba a tener suficiente, pensó. Aunque, si ponía toda su ropa de trabajo sobre el asiento trasero del coche, quizá con un viaje fuera suficiente.

–¿Estás dando nuestra relación por zanjada?

La suavidad de su voz era tan cortante como una daga. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras cada palabra se le clavaba en el corazón.

Sacó un montón de perchas con ropa y las puso sobre la cama; después, se volvió para mirarlo… Casi inmediatamente, deseó no haberlo hecho.

Evidentemente, había algo en sus facciones que nunca antes había visto. Una dureza, una frialdad que casi la hizo retractarse de sus palabras.

–Creo que necesitamos pasar un tiempo separados –dijo ella muy despacio.

–¿Crees que marchándote lo arreglarás todo?

Ella mantuvo su mirada.

–No lo sé.

–Ese hijo es mío, Tasha.

¡Dios Santo! ¿Qué estaba haciendo?

–Por favor –le suplicó ella, consciente del dolor que le producían las lágrimas que aún no había derramado–. No lo hagas más difícil de lo que es.

Jared podía hacerla pedazos con las palabras si quería, pero se contuvo.

–¿De verdad esperas que me quede aquí cruzado de brazos mientras te marchas de mi vida?

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas y le costó mantener la compostura.

–No me marcho de tu vida, Jared.

–¿Solo de mi piso?

Ella no podía hablar del nudo que se le había formado en la garganta.

–Sí –consiguió decir por fin.

–¿El objeto de la mudanza es conseguir más independencia y

espacio? –preguntó él, pensado que la idea no le gustaba mucho, pero, al menos, era algo que podía manejar.

Ella permaneció de pie en silencio unos segundos.

–Sí.

Podía ser cívica y educada. Eso no le costaba nada. Sin decir una palabra más, se giró y volvió a sacar más ropa del armario.

Cuanto terminó, Jared llevó las maletas hasta el ascensor.

–Yo puedo sola.

Él le dedicó una mirada de hielo.

–Te seguiré en mi coche.

–Eso no…

–Cállate, Tasha –le ordenó él, con una suavidad aterradora.

Durante el camino al coche, no dijeron ni una palabra.

Tasha se sentó al volante y condujo hacia su nuevo apartamento, consciente de que el Jaguar de Jared la seguía de cerca.

Mientras abría la puerta del apartamento, en el descansillo, apareció un vecino. Un joven que parecía recién salido de la universidad.

–Hola, me llamo Damian. ¿Sois los nuevos vecinos?

–Mi novia se muda sola –lo informó Jared.

–Así que puedo mirar pero no tocar –dijo el chico con una sonrisa encantadora–. Una pena.

–Soy Tasha –dijo ella, extendiendo la mano.

–Encantado. Si necesitas algo, llámame –dijo el chico y se volvió para abrir la puerta de su apartamento.

Cuando entraron en el de Tasha, Jared dejó las maletas en el suelo.

–Un tipo peculiar.

–Sí –admitió ella–. Gracias por ayudarme. Te ofrecería algo, pero tengo el frigorífico vacío.

Él quiso decir algo, pero se mordió la lengua. En lugar de palabras, se inclinó sobre ella y le dio un beso suave en los labios.

–Si tienes algún problema, llámame.

Ella fue incapaz de decir una palabra mientras la puerta se cerraba tras de él.

Ya estaba sola. Eso era lo que quería… ¿No?

Aquel no era el momento de ponerse triste, pensó apartando una lágrima. Aún tenía que hacer muchas cosas.

Tasha pasó el fin de semana arreglándolo todo.

Jared llamó cada noche y los dos recurrieron a palabras amables

pero breves.

Ella se había marchado por decisión propia… Entonces ¿por qué seguía con aquel nudo en el estómago? Tres días más tarde, nada había mejorado.

Esa noche tenían que ir a cenar a casa del juez Jonathon Haight-Smythe. La cena sería una acto al que acudiría la elite de la sociedad de Brisbane. Ella habría podido negarse aduciendo un dolor de cabeza o cualquier otra indisposición; pero le apeteció el reto.

Se puso un vestido rojo y unas sandalias a juego que la hacían sentirse segura de sí misma y se maquilló con esmero para la ocasión.

Cuando había terminado sonó el telefonillo. Jared llegaba a tiempo.

–Ya bajo.

Él estaba esperándola en el vestíbulo. Llevaba un traje de chaqueta inmaculado, una camisa azul y una corbata de seda a juego.

Al verlo, sintió que se le cortaba la respiración.

¿Cómo era posible que un hombre invadiera sus sentidos de aquella manera? ¿Que estuviera tan en sintonía con él? Emocional, espiritualmente… Era como si su corazón y su alma se mezclaran con los de él para formar uno solo.

Cuando lo vio, tuvo que contenerse para no darle un abrazo, para no rodearle el cuello con las manos y levantar la cabeza para recibir su beso.

Necesitaba su contacto, el sabor de sus labios y el baile sensual de sus lengua. Todo ello como preludio de lo que pasaría al final de la noche.

–¡Hola! –lo saludó ella de manera casual.

–Tasha –la saludó él–. ¿Qué tal estás? –se acercó a ella y le dio un beso en la sien.

–Bien –y era cierto. Físicamente, al menos. De hecho, nunca se había encontrado con una salud tan buena.

–¿Nos vamos?

La casa de los Haight-Smythe era espectacular tanto por fuera como por dentro.

Era la elegancia personificada, reconoció Tasha mientras aceptaba un zumo de naranja y recorría la habitación con la mirada.

Conocía a la mayoría de los invitados y le resultó muy fácil mezclarse con ellos con Jared a su lado. Era como si nada hubiera

cambiado entre ellos, como si no hubiera sucedido nada.

Pero no era así, y ella era muy consciente de la diferencia.

El lenguaje corporal podía ser más revelador de lo que cabría esperar y Jared descubrió enseguida su tensión.

–Relájate –le dijo, atento al mínimo cambio en su rostro.

–¿Qué te hace pensar que estoy nerviosa? –le preguntó ella con valentía.

Él le agarró la mano y le besó la muñeca. Justo donde el corazón le latía más deprisa.

Ella hizo un esfuerzo por soltarse.

–Jared… –dijo una voz femenina que a Tasha le resultó familiar.

Se trataba de Soleil Emile, un miembro del prestigioso bufete de abogados Emile y Asociados.

Era alta, delgada y con una melena negra larga. Llevaba un modelo de un modisto europeo y las sandalias eran de diseño italiano. Parecía una modelo jugando a ser abogada. Pero no se trataba de ningún juego; de hecho, Soleil era muy buena y eso molestaba a Tasha. Sobre todo porque a menudo trabajaba junto a Jared.

¿Habrían tenido un romance? Cuando le había preguntado a Jared, este lo había negado con sorna. A Soleil, sin embargo, le gustaba dar a entender que su relación era algo más que profesional.

Pero ¿por qué se lo preguntaba ahora?, se interrogó Tasha en silencio. Porque si a Soleil le llegaba el más leve rumor de que Jared y ella ya no estaban juntos, sin duda se le tiraría al cuello.

Solo pensar en ello hacía que el corazón se le encogiera.

–Soleil –consiguió decir con una amabilidad sorprendente.

Todo pareció demasiado formal, pensó Tasha mientras intercambiaban las cortesías de rigor. Hablar de trivialidades estaba permitido; pero discutir de trabajo, no.

–¿No te importará si te robo a Jared un rato más tarde? –preguntó Soleil y, sin esperar una respuesta, se dirigió hacia él–. Te confirmaré la información por e-mail, pero me gustaría tener la oportunidad de ponerte al tanto.

¿A quién se creería que estaba engañando?, pensó Tasha. Lo único que le interesaba a Soleil era Jared, el hombre. ¿Acaso no se daría cuenta él de que quería algo más que trabajo?

Por el amor de Dios, se amonestó Tasha en silencio. Soleil había trabajado con Jared desde antes de que ella lo conociera. ¿Por qué iba a empezar a angustiarla el tema en aquel momento?

–Si me disculpáis –dijo la mujer.

Tasha detectó el deje sensual tras la despedida formal y apenas contuvo un resoplido cuando Soleil se alejó con gracia.

Al rato, anunciaron que la cena estaba servida y demostró ser un éxito culinario servido con sofisticación.

Jared estuvo todo el tiempo atento con ella, más de lo habitual.

Ella le dedicó una sonrisa.

–Estás al límite de la exageración.

–¿Eso crees?

Su voz sonó suave y demasiado íntima. ¿Se haría una idea del efecto que causaba en ella? Por supuesto que sí. Llevaban dos años compartiendo una historia muy intima y de mucha complicidad.

¿Y ella iba a echar a perder todo aquello?

¿Era esperar demasiado querer tenerlo todo? ¿Acaso tenía unas expectativas demasiado altas? ¿Imposibles?

Para ser sincera consigo misma, tenía que admitir que había considerado la posibilidad de casarse con él, pero nunca le había dicho nada al respecto.

Cuando la cena terminó, Emily animó a sus invitados a que pasaran a la habitación contigua para tomar el café.

Tasha era consciente de la mano de Jared en su espalda mientras salían del comedor.

–¿Tienes que hacerlo? –le preguntó ella, con una sonrisa mientras salían de la habitación.

Él no dijo nada, pero tampoco quitó la mano de donde estaba.

Ella pidió té y aceptó la delicada taza de porcelana china que su anfitriona le ofreció; después, se acercó a Jonathon Haight-Smythe.

Era un juez del tribunal supremo que había sido testigo de todos los aspectos de la naturaleza humana. Dentro de los juzgados tenía fama de ser intolerante y muy estricto. Pero, fuera de ellos, era un verdadero encanto.

–Tasha, cuanto me alegro de que hayas podido venir.

–He disfrutado mucho –le respondió ella con sinceridad–. La cena estaba deliciosa.

Solo se había separado un segundo de Jared y ya estaba Soleil a su lado. Obviamente llevaba largo rato al acecho.

No mucho rato después, Tasha estaba hablando animadamente con la mujer de un notario cuando sintió que Jared se ponía a su lado. Parecía que poseía una antena en lo que a él concernía, lo cual era bastante sorprendente. Era casi un sexto sentido. Hacía unas semanas lo habría interpretado con afecto; pero, en la actualidad, le producía un profundo dolor en el pecho.

–¿Nos disculpas, Jonathon?

La voz de Jared sonó suave como la seda.

Al tenerlo tan cerca, Tasha podía percibir el olor de su colonia exclusiva mezclado con el del algodón recién lavado y el aroma fugaz del tejido caro del traje confeccionado por un sastre italiano.

Era dinero viejo, heredado a través de varias generaciones. Invertido sabiamente para asegurar que la riqueza crecía y se multiplicaba durante la vida de varios hombres muy profesionales.

Jared siempre había sido perseguido por su riqueza y por su posición social. Por eso, bajo una fachada de sofisticación, ocultaba un recelo innato y un cinismo preparado para tratar con cualquier oportunista o arribista que se le acercara.

–Tengo que repasar unas notas antes de la sesión de mañana –añadió Jared como excusa para abandonar la fiesta.

Unos cinco minutos más tarde, Tasha se estaba poniendo el cinturón de seguridad mientras Jared se sentaba al volante.

A aquella hora de la noche ya había poco tráfico, por lo que tardaron muy poco en llegar a su apartamento.

Jared apagó el motor y se giró hacia ella.

–Gracias por traerme –le dijo ella con una mano en la puerta.

–¿Por qué tienes tantas prisas?

Porque si la tocaba, estaba perdida.

–Dijiste que tenías que revisar unas notas.

–Qué considerada –dijo él antes de inclinar la cara hacia ella para darle un beso lento y dulce.

«Dios Santo».

Necesitó toda su fuerza para no responder al delicioso mordisqueo de sus dientes. Un gemido nació y murió en su garganta cuando él la tomó en un abrazo sensual y evocativo que la dejó deseando más.

De mucho más, pensó desesperada, consciente de lo fácil que era sucumbir a sus caricias. Había una parte de ella que quería agarrarlo de la camisa y llevárselo a su apartamento para después arrancarle la ropa y empujarlo hacia la habitación.

Quería sentir su boca sobre los pechos, sentir su erección contra el vientre, sus manos… Y quería tocarlo, saborear su piel, absorber su esencia masculina en una unión sin barreras.

De su garganta escapó un quejido cuando Jared se separó un momento y, durante un instante de locura, se agarró a él. Apunto estuvo de pedirle más.

¡Dios Santo! Las palabras se le agolparon en la garganta y le costó un gran esfuerzo controlarlas. La sangre se retiró de su rostro, dejándola pálida. Tenía los ojos muy abiertos, por la conmoción, y

llenos de lágrimas.

Él le acarició el rostro, y después la besó en los labios con dulzura.

Quería hacerle el amor. Abrazarla con fuerza y no dejarla escapar. Y eso haría… pronto. Por ahora, tenía que darle el tiempo y el espacio que había dicho que necesitaba.

–Hace mucho que dejé de hacer el amor en un coche –le dijo él con una sonrisa.

Ella tenía que intentar levantarse. Si no lo conseguía, estaba perdida.

–¿Era en un BMW, un Jaguar, un todoterreno o un Porsche?

–Recuerdo la ocasión, pero no el coche.

El cambio de situación logró hacerla sonreír.

–¿Y a la chica?

–Algunas eran más memorables que otras. «Pero ninguna se parecía a ti, ni de cerca», añadió en silencio.

Después, ninguno de los dos dijo nada. Entonces, Tasha se apartó de él y abrió la puerta.

–Hasta mañana.

Él la observó mientras salía del coche.

–Te llamaré.

Jared esperó a que abriera la puerta.

Ella no miró hacia atrás, entró en el portal y se dirigió hacia los ascensores y él solo arrancó el coche cuando las puertas del ascensor se cerraron tras ella.

# Capítulo 5

PARA Tasha fue un alivio hacerse cargo del trabajo de un asociado que había tenido que ausentarse por motivos familiares. Así tendría poco tiempo para pensar en sus problemas.

Al menos, eso era lo que se había dicho a sí misma.

Pero la realidad fue muy distinta. La imagen de Jared iba a su mente con tanta frecuencia que tenía que hacer un esfuerzo para apartarla y concentrarse en lo que estaba haciendo.

No podía cometer ningún error, por eso tuvo que repasarlo todo una y otra vez para asegurarse de que todo estaba perfecto.

Justo cuando pensaba que había terminado, recibió una llamada de recepción.

–Hay un envío a tu nombre –lo informó Amanda.

Tasha miró la hora y comprobó que le quedaban cinco minutos antes de la siguiente cita.

–Ahora mismo voy.

Estaba esperando un contrato que debía llegarle por mensajería y que ella debía revisar antes de presentárselo a un asociado al día siguiente. Los temas legales solían ser muy engorrosos y había que mirar cada cláusula con lupa antes de firmar.

Cuando llegó a la recepción, lo único que vio fue a un hombre vestido de mensajero con un gran ramo de rosas rojas envueltas en papel celofán. El estómago le dio un vuelco al pensar en quién se las había mandado.

–¿Celebráis algo? –le preguntó Amanda.

Tasha logró esbozar un sonrisa.

–Algo así.

–Voy a buscar un jarrón –le dijo la recepcionista con eficacia.

–Gracias.

Agarró el ramo y esperó a estar sola en su despacho para sacar la tarjeta.

*Con amor, Jared*

¿Amor? Aquello debía de ser una broma. ¿Acaso sabría él el significado verdadero de aquella palabra? Obviamente, su interpretación del término no era la misma que la de ella. Y si pensaba que con un ramo de rosas iba a hacerla cambiar de opinión, estaba muy equivocado.

En la privacidad de su oficina se tomó unos segundos para admirar los pétalos aterciopelados de los capullos e inhalar su aroma. Cerró los ojos y recordó otras ocasiones en las que Jared le

había regalado rosas.

«Ni se te ocurra», se advirtió a sí misma.

Escuchó un golpe en la puerta y sacudió la cabeza para recobrar la compostura.

–Un jarrón con agua –le dijo Amanda alegremente–. ¿Quieres que te ayude? Tu cliente está esperando en la recepción.

Tasha le dedicó una sonrisa amable.

–Gracias. Dame un minuto y, después, hazla pasar.

El mensajero le llevó el contrato que estaba esperando. Aprovechó para echarle un vistazo a la hora de la comida mientras se tomaba un sándwich.

Cuando salió de la oficina, se unió a la corriente de tráfico de manera automática. A los pocos minutos, se dio cuenta de que, en lugar de a su casa, se dirigía a casa de Jared. Con un improperio, se desvió al carril de la derecha, pero aún tardó varios minutos en poder dar la vuelta.

El teléfono empezó a sonar mientras iba conduciendo. Decidió ignorar la llamada; quienquiera que fuera ya le dejaría un mensaje en el contestador.

Jared.

Podía esperar, decidió mientras abría la puerta del apartamento. Primero quería tomar algo y descansar un rato después de un día tan agotador. Un día que todavía no había terminado. Aún tenía que repasar sus notas, comprobar unas referencias y hacer un resumen. Esa noche, seguro que no se iba temprano a la cama.

Pero antes de ponerse a trabajar, tenía que deshacerse de sus tacones de aguja y ponerse algo cómodo; después se recogería el pelo y se quitaría el maquillaje.

Para cenar tomó una ensalada de pollo y fruta e, inmediatamente después, colocó el portátil en la mesa de la cocina.

No llevaba más de una hora trabajando cuando sonó el timbre de la puerta. Ella se paró un rato, pensando quién podía ser. Jared era la única persona que conocía su dirección, pero dada la seguridad que había en el edificio, debería haber llamado al telefonillo antes de subir.

–Damian –su sonrisa encantadora provocó en ella una ligera sonrisa–. ¿Se trata de una visita de cortesía? Es que en este momento estoy bastante liada.

–Bueno. He quedado con unos amigos en el café de la esquina y pensé que a lo mejor querías unirte a nosotros.

–Gracias, pero…

–¿Pero no? –preguntó él levantando la ceja.

–¿En otra ocasión, quizá?

El sonido insistente del teléfono móvil sirvió de interrupción y ella levantó las dos manos a modo de disculpa.

–Será mejor que conteste.

Cerró la puerta y fue a por el móvil.

–¿Has tenido un día duro?

La piel se le erizó al escuchar la voz de Jared. Cerró los ojos exasperada consigo misma por no poder controlarse mejor.

–Ni que lo digas –dijo con amabilidad; después se acordó del ramo–. Gracias por las rosas.

Las había dejado en la oficina. Por la mañana, pensaba sacarlas a la recepción para que las disfrutaran los clientes del despacho.

–Un placer.

Solo pensar en lo que su placer conllevaba le aceleraba el pulso.

–¿Me llamas por algún motivo en especial?

–¿Aparte de decirte «hola»?

Ella ahogó un suspiro.

–Me he traído trabajo a casa. Me quedan unas tres horas de trabajo y…

–¿Has comido?

Tasha apretó el teléfono con fuerza.

–¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

–Con un «sí» o un «no» bastaba.

–Sí.

–¿Quieres que empecemos de nuevo? –dijo él divertido.

–¿Para qué? –concedió ella resignada.

–Iba a sugerirte que saliéramos a tomar un café.

–No estoy vestida para ir a ninguna parte.

–Bueno, no hace falta que salgamos.

Pero quedarse implicaba muchas cosas en las que ella no quería ni pensar.

–No creo que sea una buena idea.

A veces era necesario perder alguna batalla para ganar la guerra.

–No; no lo es si tienes que quedarte hasta tarde. Hasta mañana, Tasha. Que descanses.

¿Quién se creía él que era para controlarla de aquella manera? Después de colgar, se sintió inclinada a llamarlo de nuevo para decirle lo que pensaba de él.

Estaba apunto de marcar el número, cuando sonó el teléfono.

–¿Sí?

–¿Te llamo en un mal momento?

–Eloise… –tomó aliento y después lo soltó–. ¿Qué tal?

–¿Quieres que comamos juntas mañana?

–Me encantaría.

–¿Quedamos en ese restaurante tan mono que hay en la plaza porticada? ¿A la una?

–Perfecto. ¿Quieres que llame para reservar?

–No. Ya llamaré yo. ¿Estás bien?

–Sí –le contestó, sabiendo que mentía–. He tenido un mal día en la oficina; un asociado está fuera y he tenido muchísimo trabajo. Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

–Mañana hablamos.

Tasha llegó tarde porque no pudo salir antes de la oficina. Pidió su comida y se preparó para un aluvión de preguntas.

Eloise no la decepcionó. Después de pedirle una descripción detallada del apartamento, de la mudanza y del trabajo… le preguntó por Jared.

–Hablamos por teléfono –admitió Tasha.

–¿Habéis estado juntos? –preguntó Eloise.

–No exactamente.

–Cariño, o habéis estado o no.

Ella se encogió de hombros.

–El lunes cenamos juntos. Estabamos invitados a una cena desde hacía quince días.

–¿Y?

–No hay ningún «y» –negó con firmeza.

–¿Como si fuera una cita? ¿Jared te recogió y después te dejó en casa y no…?

–No –la interrumpió Tasha con firmeza.

–Estoy impresionada –dijo Eloise con una sonrisa encantadora–. ¿Algo más?

–Eres una bruja.

–Y también tu mejor amiga.

Su amistad se remontaba a la infancia. Después, durante la adolescencia se habían apoyado en los momentos difíciles. El divorcio de los padres de Eloise fue uno de ellos. Los matrimonios fracasados del padre de Tasha habían sido cinco y lo último que había oído era que estaba cortejando a una viuda millonaria. Tasha no había acabado de acostumbrarse a una madrastra, cuando ya tenía otra. Esa situación no había ayudado mucho a aportarle estabilidad y, cuando llegó la hora de ir a un colegio interna, se sintió feliz.

Tasha puso la mano sobre la de Eloise.

–Por supuesto que sí. También me mandó rosas –reconoció.

–Ese hombre te adora –dijo Eloise con seguridad.

–Le gustaba lo que teníamos –la corrigió ella–. Un estilo de vida cómodo, los dos solos, sin ataduras. Al menos, sin ataduras permanentes.

–¿Y tú quieres que sean permanentes?

Sus ojos se oscurecieron mientras se clavaba las uñas en la palma de la mano.

–Pero solo por los motivos adecuados –agarró su taza de té y la sorprendió descubrir que le temblaba la mano–. Tengo que marcharme. Quédate y disfruta del café. Voy a pagar la cuenta.

–De eso nada.

–Déjame. Tú puedes pagar la siguiente.

Tasha se despertó a la mañana siguiente con el despertador. Se desperezó y se levantó corriendo para ir al baño.

Dios Santo, se encontraba fatal.

Lo primero que iba a hacer era prepararse un té y una tostada. La ducha podía esperar… todo podía esperar hasta que su estómago se asentara.

Según había leído en el libro que se había comprado, algunas mujeres embarazadas sufrían malestar por la mañana, la tarde y la noche, durante los nueve meses que duraba el embarazo.

Se puso una mano sobre el vientre y se acarició.

–Bebé –lo regañó cariñosamente en voz alta–. Será mejor que te portes bien con mamá.

A la media hora, aproximadamente, ya se encontraba mejor; pero se le había hecho un poco tarde. Se dio una ducha rápida, se vistió y salió para ir a la oficina.

Pero las cosas empeoraron aún más.

Cuando fue a arrancar el coche, este ni se inmutó. Levantó el capó para comprobar lo más básico y volvió a intentarlo. Nada.

«¡Maldita sea!».

–¿Tienes algún problema? –le preguntó una voz ligeramente familiar. Al volverse, reconoció a Damian.

–No quiere arrancar –dijo levantando las manos con impotencia.

Él echó un vistazo al motor, y después se sentó al volante e intentó arrancar.

–Es la batería.

Tenía dos opciones: o buscaba un coche y llegaba tarde a la

oficina o pedía un taxi.

–Deja las llaves al portero –le sugirió Damian–. Yo te puedo dejar en el centro y con el móvil puedes llamar a algún mecánico para que te venga a cambiar la batería.

La idea le pareció fantástica.

–Te debo una.

De todas formas, llegó tarde. De hecho, recibió una reprimenda de un cliente importante que dejó claro que él no esperaba por nadie.

De allí en adelante, las cosas fueron empeorando. Una reunión se prolongó más de la cuenta. El trabajo de las secretarias fue lento porque dos de ellas faltaron por enfermedad y los documentos no estaban preparados.

La comida fue algo para lo que no tuvo tiempo.

A media tarde, el interfono de su despacho sonó. Ella se sorprendió porque no esperaba a nadie; el próximo cliente no llegaba hasta pasada media hora.

–Tienes un paquete –la informó Amanda.

–Voy a buscarlo.

Cuando llegó a recepción, Amanda, con una enorme sonrisa, le señaló una rosa roja envuelta en papel celofán que había en el mostrador.

–Jared North es tan romántico…

Hacía solo dos semanas, Tasha se habría reído encantada y habría asentido con los ojos húmedos por la emoción.

–Sí, sí lo es –fue todo lo que dijo.

Cuando volvió a su despacho, llamó al portero de su bloque para comprobar que le habían cargado la batería del BMW.

Eran casi las seis cuando salió de la oficina y se unió a una cola de personas que estaban esperando un taxi.

Estaba cansada, hambrienta y se sentía bastante incongruente con una rosa en una mano y un maletín en la otra.

Oyó el sonido de una bocina y pensó que era uno de tantos. Apenas le echó un vistazo al vehículo. Pero este paró en la curva y el conductor asomó la cabeza por la ventanilla.

–Tasha, sube. Te llevo a casa.

Ella entrecerró los ojos y reconoció a Damian. Dudó un instante, pero al ver la cola que tenía delante, se decidió al instante.

–Gracias.

–De nada –dijo él, metiendo la primera para incorporarse al tráfico.

–Voy a parar en un chino para comprar comida para llevar.

¿Quieres que compre para dos y la compartimos?

–De acuerdo –concedió ella, pensando que así no tendría que cocinar–. Pero yo pago.

–No, yo te invito.

–Considéralo como una muestra de agradecimiento por todo lo que has hecho por mí hoy.

–De acuerdo. ¿En tu casa o en la mía?

Ella se encogió de hombros.

–Me da igual. En la tuya.

Él abrió la puerta y la invitó a pasar. Estaba claro que aquel era un apartamento de soltero: una televisión enorme, un equipo de música caro, un sofá de cuero negro…

Damian puso la bolsa de comida en la mesa del salón, sacó un par de latas de cervezas y le indicó que se sentara a la mesa.

–Yo prefiero algo sin alcohol –era un nuevo hábito desde que se enteró de que estaba embarazada.

–¿Agua, cola?

Ella se decidió por lo primero, abrió la botella y se puso a utilizar los palillos con destreza.

–¿Por qué ha decidido una preciosidad como tú vivir sola?

Tasha lo miró directamente.

–¿Se trata de una pregunta para conocernos mejor o un tercer grado?

–Las dos.

–¿Con vistas a…?

–A pedirte que salgas algún día conmigo –se metió un tenedor de tallarines en la boca y la miró mientras los masticaba–. A menos que vayas en serio con el tipo del otro día.

Tasha no tenía ninguna intención de andarse por las ramas.

–Estoy embarazada de él –confesó ella con calma–. Y él se siente obligado a casarse conmigo.

El chico se quedó helado.

–Entiendo.

«No lo creo», pensó ella.

–Espero que podamos ser amigos.

–Se me dan muy bien los niños. Tengo cinco sobrinos y tres sobrinas –dijo con una sonrisa pícara–. Tengo experiencia en cambiar pañales.

–O sea, que puedo llamarte para un apuro.

–Y para ir al cine o para compartir una comida.

Era un encanto.

–Estoy de acuerdo.

Acabó su último bocado de tallarines e iba a dar un sorbo al agua cuando sonó el móvil.

Era Jared.

–¿Te importa si te llamo dentro de un momento? –le dijo ella sin más preámbulos.

–Claro.

Ella cortó y volvió a poner el teléfono en el bolso.

–Déjame adivinar –dijo Damian–, el padre de la criatura.

–Efectivamente.

–¿Tienes que volver a tu apartamento corriendo o tienes tiempo para un té o un café?

–Me encantaría tomar un té.

–Así que no vas a salir corriendo para hablar con él, ¿eh? –bromeó el chico–. Me gusta eso en una mujer.

Se levantó y fue a la cocina a preparar el té.

Tasha se lo tomó con tranquilidad. Era muy fácil hablar con Damian, interesante y una compañía agradable.

Por eso, cuando se despidió de él había pasado casi una hora desde que llamó Jared.

Con movimientos automáticos, dejó el maletín en una silla, le quitó el celofán a la rosa y la puso en agua. A continuación, encendió la televisión y se fue a su cuarto a desvestirse para darse una buena ducha.

Cuando salió, se puso una bata y agarró el teléfono para llamar a Jared.

–No tienes que llamarme cada día –dijo ella con frialdad cuando él contestó.

–Estoy acostumbrado.

–No tienes ningún derecho…

–No empieces por ahí. ¿Quieres que empecemos de nuevo? ¿Nos preguntamos qué tal hemos pasado el día?

–¿Quieres que seamos amables?

–¿Prefieres que nos peleemos?

Por supuesto que no.

–¿Qué… qué tal te ha ido hoy?

–Un reto. Me ha pasado de todo y más. ¿Y tú?

–¿Quieres decir aparte de quedarme sin batería y encontrarme con un cliente iracundo?

–Deberías haberme llamado.

–¿Por qué exactamente?

–Por la batería.

Damian vino a rescatarme y me llevó al centro.

–¿De verdad? –dijo él–. ¡Qué amable!

–Después hemos compartido la comida de un chino.

–Quizá deberías contarme lo que ha pasado.

–Dio la casualidad de que pasó por delante de mi oficina cuando yo estaba esperando un taxi, así que se ofreció para llevarme. Después, paramos para comprar comida para llevar.

–¿Comisteis juntos en algún lugar?

Ella no estaba segura de si le estaba gustando el tono que él estaba adoptando.

–En su apartamento.

Hubo un silencio.

–¿Quieres decir que has permitido a un hombre al que solo has visto una vez que te llevara en su coche y, después, has pasado horas con él en su apartamento?

Ella tomó aliento.

–Maldita sea, Jared. Vive enfrente de mí.

–¿Y por eso ya está bien?

–Solo me ha ayudado. Y no creo que compartir una comida sea una gran cosa. Además, no tienes ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer, adónde debo o no debo ir y con quién paso mi tiempo.

–Eso es solo una opinión.

Ella apretó el teléfono con rabia.

–Mira, Jared, voy a cortar esta conversación. Buenas noches.

¿Cómo se atrevía?

Aunque también tenía razón, le dijo una vocecilla interior mientras se iba a la cama.

Pero entonces se le ocurrió que quizá solo estaba celoso y eso le produjo una gran satisfacción.

# Capítulo 6

EL TELÉFONO sonó después de las ocho. Tasha miró el número en la pantalla y al ver que era de Jared sintió la tentación de no contestar.

–De verdad, no quiero hablar contigo.

–¿No tienes nada que decirme? –preguntó él.

Ella contó hasta diez mentalmente.

–No me tientes –dijo muy seria.

Él soltó una carcajada que acabó de irritarla.

–¿Me llamas por algún motivo en especial? –preguntó con frialdad.

–Mañana va a venir Mónica.

Mónica era la madre viuda de Jared. Era una mujer muy agradable a la que Tasha tenía mucho cariño.

–¡Oh!

¿Le habría dicho Jared que ya no estaban viviendo juntos?

–Pensé que podíamos llevarla a cenar y al teatro el sábado. El domingo se va a la playa a pasar unos días.

–¿Y si digo que no?

–La desilusionaría un montón no verte.

Esa era la verdad y ella se sintió vencida.

–De acuerdo –accedió.

–Te volveré a llamar para darte los detalles.

Ya había pasado casi una semana desde que se marchó de su apartamento y él la había llamado cada día, habían cenado juntos y le había mandado flores… rosas rojas. Aquello era demasiado para una persona que necesitaba tiempo y espacio.

Ahora Mónica iba a ir a la ciudad.

¿La semana siguiente, quién o qué necesitaría de su presencia con él?

Como separación, la suya se estaba convirtiendo en una farsa.

¿Y de quién era la culpa?

Tasha llegó al aparcamiento de su oficina y se enfrentó a otro día de trabajo. Cuando volvió a su casa se encontraba exhausta, y no solo por el trabajo. A causa del embarazo, tenía el estómago revuelto constantemente y se encontraba cansada.

Lo único que le apetecía era darse una ducha, tomar algo y, después, enroscarse en un sillón con un buen libro.

Acababa de acomodarse en el sillón cuando el teléfono sonó. Tasha dejó escapar un suspiro de alivio al comprobar que era

Eloise.

–¿Quieres que comamos mañana? ¿A la una en el sitio de siempre?

–Sí, me parece bien.

–¿Qué tal estás?

Tasha sonrió.

–No quieras saberlo.

–¿Mal, eh? –dijo Eloise–. ¿Te pregunto por Jared?

–No.

–Hasta mañana, Tasha. Que descanses.

Eso era algo con lo que no tenía ningún problema.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, se encontraba como nueva. Lista para un nuevo día. Aunque eso solo le duraba cinco minutos, después, el bebé empezaba a hacer de las suyas y ella tenía que darse una carrera hasta el cuarto de baño.

En la oficina todo marchaba bien; ya estaban todas las secretarias trabajando a pleno rendimiento. Por eso, en su mesa se empezó a acumular una pila de documentos que tenía que revisar.

Cuando llegó al restaurante, Eloise ya estaba sentada a una mesa.

–Hola, ¿llevas mucho esperándome? –se inclinó hacia delante y le dio un beso antes de sentarse en su silla.

La sonrisa de Eloise era cálida.

–Llegué temprano. ¿Qué vas a tomar?

Tasha pidió agua, después estudió el menú un instante y pidió.

–No quería darte la noticia por teléfono –comenzó a decir Eloise mientras la camarera empezaba a servirles la comida.

–¿Tengo que adivinarlo o me lo vas a decir? –bromeó Tasha, porque estaba claro que era una buena noticia.

–A Simon le han ofrecido un puesto en Nueva York. Hemos hablado del tema y ha aceptado –hizo una pausa para tomar aliento–. Él irá dentro de quince días y yo, dos semanas después.

–¡Eso es maravilloso! –le dijo Tasha encantada por su amiga–. Pero te voy a echar de menos –le dijo de corazón, porque uno podía tener muchos conocidos, pero solo unos cuantos amigos de verdad.

–¡No te pongas triste! Nos escribiremos constantemente. Además, ya le he dicho a Simon que volveré para cuando nazca tu bebé.

–¿De verdad?

–No me lo perdería por nada del mundo –dijo con una seriedad fingida–. Además, ese pequeñajo va a ser mi ahijado.

De repente, Eloise frunció el ceño.

–¿Qué pasa?

–Acaban de entrar Jared y Soleil.

Tasha sintió cómo se le tensaban todos los músculos del cuerpo.

–¿Vienen para acá?

–Eso parece.

–Soleil está trabajando con Jared en este caso.

Pero no podía ser un descanso para comer, pensó para sí. El juicio probablemente ya habría empezado.

–Jared acaba de vernos –dijo Eloise con una sonrisa– y Soleil está haciendo un esfuerzo para que no se le note lo molesta que está.

–Esa mujer es una actriz consumada.

–Parece que va a ser interesante –dijo Eloise antes de torcer la boca con una sonrisa–. Jared, me alegro de verte –después inclinó la cabeza hacia la mujer–. Soleil, ¿qué tal?

–¿Qué tal? –dijo Jared y se acercó a darle un beso; después le dio otro a Tasha–. Han pospuesto la vista hasta mañana y Soleil sugirió que comiéramos juntos antes de ir al despacho.

«¡Sí, claro! Y de todos los restaurantes que hay en el centro tuvo que elegir el que yo frecuento».

–¿Por qué no os unís a nosotros? –sugirió Eloise, sin tener en cuenta la mirada que le echó Tasha.

–No nos gustaría interrumpiros –declaró Soleil–. Además, Jared y yo aún tenemos que discutir ciertos aspectos del caso.

Tasha decidió participar.

–Y será confidencial, claro –deliberadamente, recorrió el restaurante con los ojos–. No creo que encontréis una mesa. Nosotras estabamos a punto de marcharnos; podéis quedaros con la nuestra.

–No hay necesidad de salir corriendo –dijo Jared.

¿Acaso era ciego y no se daba cuenta de nada? Desde luego, ella no pensaba quedarse allí para aguantar los aires de superioridad de aquella mujer.

–Tengo que volver a la oficina –era mentira; pero eso solo lo sabía ella–. Eloise, yo te invito –dijo poniéndose de pie. Eloise la siguió.

–Adiós, Jared. Soleil.

–¿Qué se supone que estás haciendo? –le preguntó Eloise a media voz en cuanto se alejaron.

–Largarme antes de perder la compostura.

–Dejando así que Soleil te gane un punto.

–Sinceramente, me importa un bledo.

–Sí te importa.

Ya en la puerta se dieron un abrazo.

–Gracias por la comida –le dijo Eloise–. Se suponía que tenía que pagar yo. Llámame.

Las dos se volvieron y comenzaron a caminar en direcciones opuestas. Tasha pasó la tarde concentrada en el trabajo que tenía, con la esperanza de que la imagen de Jared y Soleil juntos desapareciera de su mente.

Se dijo a sí misma que era lo que Jared le había contado. Probablemente ya habían quedado en más de una ocasión y no había significado nada. ¡Por Dios Santo, ella había comido y cenado con colegas sin que hubiera nada!

Entonces, ¿por qué la molestaba tanto Soleil?

«Porque es una calculadora despiadada que no pararía ante nada para conseguir lo que desea».

Alguien que no dudaba en utilizar su ventaja, decidió cuando Amanda le dijo que Soleil Emile estaba por la línea dos.

Tasha miró el reloj mientras descolgaba el auricular. Eran las cuatro en punto; no tenía mucho tiempo.

–Soleil –dijo con educación–. ¿Qué puedo hacer por ti?

–Se trata de una advertencia amistosa. Ahora que Jared y tú no estáis juntos, pretendo ir a por él.

–¿En serio? –dijo intentando sonar indiferente, aunque no lo consiguió del todo–. ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

–¿Importa el cómo?

–Parece que has tardado mucho.

–¿En ir a por él? Bueno, tengo algunos escrúpulos.

«Y los cerdos vuelan», dijo Tasha en silencio.

–¿Te tengo que desear suerte?

La risa de Soleil le puso a Tasha los pelos de punta.

–Nunca dejo las cosas en manos de la suerte.

–¿Es eso todo? Tengo un cliente esperando –lo cual no era cierto, pero Soleil no tenía por qué saberlo.

–Creo que sí.

Tasha colgó el auricular y se aguantó las ganas de tirar algo.

Aún seguía irritada mientras se enfrentaba con el tráfico de vuelta a casa.

Cuando aparcó el coche, Damian la vio desde el ascensor y sujetó las puertas para esperar por ella.

–Vaya, espero que no estés así de enfadada por mí –dijo mientras pulsaba el botón de su piso–. ¿Tu novio? –aventuró mientras el ascensor subía a toda velocidad–. ¿El trabajo?

–Lo que quieras.

–Bueno, ¿sabes?, tengo el remedio perfecto –le ofreció con una encantadora sonrisa–. Ve a dejar tu maletín, quítate el traje de chaqueta y vamos a tomar algo y al cine.

«¿Por qué no?», le dijo una vocecilla. «No tienes nada mejor que hacer».

–Vale.

Él sacó la llave de su apartamento.

–Te doy diez minutos.

Fueron en el coche de él, tomaron hamburguesas con patatas fritas y, después, eligieron una película de risa en un cine cercano a casa.

La película resultó muy buena y ella salió de muy buen talante. Eso hasta que se encontró con una morena de ojos verdes.

–¡Qué coincidencia! –dijo Soleil al llegar donde ellos estaban. Miró intensamente a Damian y levantó una ceja–. ¿No vas a presentarnos?

Tasha abrió la boca, pero Damian habló primero.

–Soy Damian, un amigo de Tasha.

–¿De verdad? ¿Un colega?

–No.

Soleil miró a Tasha.

–¿Debo decirle a Jared que nos hemos encontrado?

–Adelante –la animó Tasha y agarró el brazo de Damian–. ¿Nos disculpas?

Él se dio cuenta y la llevó hacia el coche.

–¿Debo entender que no es una de tus personas favoritas?

–¿Cómo lo has adivinado?

–Porque la tensión se cortaba con un cuchillo, porque parecías apunto de retarla a un duelo… cosas así.

–Eres muy bueno.

–Y aún lo puedo hacer mejor. ¿Ha puesto un ojo en tu novio?

–Se llama Jared.

–Me imagino que no sabe lo de tu embarazo.

–No ha dicho nada al respecto.

Llegaron al coche y él le abrió la puerta para que entrara; después, se sentó al volante y puso el coche en marcha.

–Dentro de unas semanas, Jared va a volver a por ti y Soleil pasará a la historia, si es que cuenta algo…

–¿De qué planeta eres? –preguntó ella divertida.

Él levantó las manos al aire.

–Ese hombre no es un idiota. Quizá te esté dejando un poco de

margen ahora; pero pronto te volverá a pescar.

Ella lo miró intensamente.

–¿Qué me dices si yo no quiero que me pesque?

Él le devolvió la mirada.

¡Vaya! No estaba segura de si estaba preparada para una mente tan perspicaz

Cuando llegaron a su piso, Tasha le puso una mano sobre el brazo.

–Gracias por una noche tan agradable. Me gustaría repetir, si te parece bien…

Su sonrisa le iluminó la cara.

–Solo necesitas decir una palabra –hizo una pausa y después añadió–: Llámame si me necesitas.

Ella entró en su apartamento, cerró con llave, se dirigió a la habitación, se quitó la ropa y se metió en la cama.

Siempre le había gustado la madre de Jared. Pensaba que después de dos años, tenían una buena amistad. ¿Habría pensado que su relación con Jared conduciría a algo más duradero? ¿Algo como el matrimonio? ¿Hijos? ¿Le gustaría la idea?

Tasha no sabía qué le había contado Jared, así que no sabía qué esperar de aquella cena.

Para sentirse un poco más segura, eligió un traje de chaqueta color rojo que le favorecía, se puso sus tacones de aguja y se maquilló con discreción.

Jared le había dicho que a las seis pasaría a por ella, por lo que a menos cinco ya estaba saliendo por la puerta. Cuando salió del ascensor, el Jaguar de Jared paraba delante de la puerta.

Durante un instante, se preguntó qué le habría contado Jared a su madre sobre su separación, y dudó si se encontraría con una mirada reprobatoria en la mujer.

Y en lo referente al embarazo… ¿le habría dicho algo? ¿O pretendía dejar caer la noticia como una bomba durante la cena?

–¿Cómo debería saludarlo a él? Un simple «hola» parecía inadecuado, pero…

Jared tomó la decisión por ella al inclinar la cabeza sobre la suya para darle un beso en los labios, un beso corto pero intenso que logró erizarle la piel.

No era justo, no estaba jugando limpio, y si no hubiera sido porque estaba allí su madre le hubiera dado una bofetada.

–Tasha –Mónica dio un paso hacia delante y le agarró las dos

manos–. Me alegro tanto de verte…

–Lo mismo digo. Me ha dicho Jared que vas a pasar unos días en la costa.

Se fueron al coche y Jared les abrió las dos puertas.

–Siéntate delante, querida –dijo Mónica y negó con la cabeza cuando Tasha se negó–. Insisto.

La había emparejado deliberadamente con Jared, pensó mientras Jared conducía en dirección al restaurante.

El lugar que había elegido era uno de los más elegantes del centro, conocido por su excelente cocina. El mâitre saludó a Jared con deferencia y los llevó hacia una mesa.

–Tienes que contármelo todo –la invitó Mónica mientras esperaban a que le sirvieran el vino.

Ahí estaba el momento que ella había estado esperando. ¿Debería contarle la verdad o inventárselo todo? Al final, decidió poner todas las cartas sobre la mesa.

–¿Quieres decir, aparte de mi mudanza?

–Seguro que tenías una buena razón.

Tasha se encontró con la mirada de Jared y fue incapaz de sacar nada de su expresión.

–Cuéntaselo –le dijo él, atravesándola con la mirada.

–Tú eres tan bueno con las palabras… Creo que deberías decírselo tú.

Él se rio.

–Te aseguro que le va a encantar oír que va a ser abuela.

A la madre de Jared se le cambió la cara.

–¿Vas a tener un bebé? –preguntó con el rostro iluminado–. Me alegro tanto por los dos. Espero que te encuentres bien.

–Por las mañanas no tan bien –respondió Jared–. Y sí –dijo anticipándose a lo que supuso que sería la próxima pregunta de Mónica–, le he pedido que se case conmigo.

–Querido, si puedo ayudaros a preparar la boda, me encantaría.

Ahora llegaba la parte más difícil.

–No va a haber boda –dijo ella, con amabilidad–. El embarazo no fue planeado.

Mónica se volvió hacia él.

–¿Jared?

–Ya estoy en ello –le aseguró.

¿Lo estaba? ¿De verdad?

Fue un alivio cuando llegó el camarero y la conversación se interrumpió. Después, Mónica, con la discreción que la caracterizaba, no volvió a sacar el tema.

Mónica era una mujer muy activa. Pertenecía a varias asociaciones caritativas y llevaba una vida social muy ajetreada. Tenía muchas anécdotas que contar y Tasha empezó a relajarse un poco.

–Hubo un momento realmente vergonzoso al final de un pase de temporada –estaba contando la mujer–. Una de las modelos no se separó de las joyas que le habían prestado para la ocasión. Fue necesario un esfuerzo de diplomacia y una advertencia del jefe de seguridad para que ella, graciosamente, concediera haber cometido un error.

Mónica se rio con el recuerdo. Después, negó con la cabeza cuando su hijo le ofreció más vino.

La comida estaba exquisita y Tasha miró con envidia el plato de Jared. Él había pedido una gambas que tenían un aspecto suculento.

Él le dedicó una sonrisa y le acercó una con el tenedor.

–Prueba esto –se la acercó a la boca y ella mordió la carne suculenta y saboreó la salsa que la acompañaba. Casi deja escapar un suspiro.

Él peló otra y se la ofreció. Ella era consciente de la intimidad del gesto, pero se estaba dejando llevar por la alquimia primitiva que existía entre ellos. Por un momento, deseó poder dar marcha atrás al reloj y volver a un tiempo en el que todo era perfecto entre ellos.

¿Podría volver a ser así?

«Posiblemente», pensó. Pero la duda siempre existiría. Ella no quería un matrimonio con unas bases poco firmes. Ni tampoco podría soportar meterse en un matrimonio basado en la premisa de que si no funcionaba, el divorcio era la respuesta más fácil. Como había hecho siempre su padre. Sin pensar en las consecuencias que eso podía tener para los hijos de esos matrimonios. ¿Sabía él lo que significaba tenerse que refrenar para no encariñarse mucho con ninguna de sus madrastras porque sabía que no se iban a quedar mucho tiempo? ¿O no poder ver a ninguno de sus hermanos pequeños porque sus madres se los habían llevado con ellas?

Se había quedado sola y se había convertido en una mujer autosuficiente, consciente de que su propia supervivencia era de vital importancia.

Cuando salieron del restaurante, Jared le agarró la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

Su caricia era cálida y fuerte y ella no se soltó hasta que llegaron al coche.

El vestíbulo del teatro estaba lleno de gente vestida con elegante

ropa de noche.

Mientras esperaban a que la función comenzara, Jared estuvo a su lado. Demasiado cerca para su tranquilidad mental, para no sentir la fuerza que emanaba de su cuerpo.

De repente, sintió el impulso de apoyarse contra él. De apoyar la cabeza en su hombro. Pero el impulso solo le duró un segundo.

«Piensa en las consecuencias», se amonestó en silencio.

Un timbre señaló el comienzo de la función y los tres entraron a disfrutar de la obra. Se trataba de una parodia con toques de humor ácido. La actuación fue excelente y las dos horas que duró lo pasaron divinamente.

–Ha estado muy bien, ¿verdad? –comentó Mónica al salir al vestíbulo.

Tasha aún tenía la sonrisa en la boca.

–Sí.

–Me alegro de que os haya gustado.

Tasha sintió su brazo fuerte por la espalda y su mano en la cintura. ¿Sabría el efecto que tenía sobre ella y su estabilidad?

–Jared.

Tasha reconoció aquella voz al instante. Por lo visto, estaba predestinada a encontrarse con aquella bruja en todas partes.

Soleil iba acompañada de un asociado de su bufete.

–Mónica –dijo de manera efusiva hacia la madre de Jared–. Me alegro muchísimo de volver a verte.

Tasha se dio cuenta inmediatamente de que dicha alegría era fingida.

–Robert y yo vamos a tomar café al Michael's. Nos encantaría que os unierais a nosotros. Así me podría poner al día con Mónica. Las dos tenemos el mismo interés por las obras de beneficencia.

–Gracias –le dijo Jared–, pero tenemos otros planes.

Tasha sintió alivio y a la vez curiosidad. ¿Qué otros planes había?

Soleil ocultó su decepción como pudo.

–En otra ocasión quizá.

–Sí.

Se movieron con la multitud hacia la salida y al llegar afuera se separaron. Mónica se volvió hacia su hijo.

–Gracias.

Él levantó una ceja.

–¿Por qué? –preguntó con un toque de humor.

–Por la cena, el teatro y por librarme de la compañía de Soleil.

–No ha sido nada.

–Yo conocí a su madre. Una mujer encantadora. Qué pena que su hija no haya heredado su porte.

–Es muy buena en su trabajo –la defendió Jared.

–Debe de serlo si tú accedes a trabajar con ella.

Los tres se montaron en el coche y Jared condujo en dirección al apartamento de Tasha.

–No hace falta que os bajéis –dijo ella al llegar.

Pero Jared se bajó y la acompañó hasta la puerta.

Ella abrió la boca par darle las gracias, pero él presionó un dedo sobre sus labios.

–¡Chis! No digas nada –le dijo mientras la rodeaba con los brazos y la atraía hacia sí para darle un beso en la boca.

–Te llamaré mañana.

Ella fue incapaz de decir ni una palabra. Abrió la puerta y entró en el recibidor.

El domingo por la mañana, Tasha se levantó temprano. Después de tomar el desayuno y recoger el apartamento, se puso unos vaqueros y una camiseta de algodón, agarró las gafas de sol y las llaves y bajó al garaje.

El sol brillaba y no había ni una sola nube en el horizonte. La temperatura era muy agradable y pensó que tendría un buen día.

Había unas cuantas cosas que necesitaba y quería darse una vuelta por el mercadillo que había junto a la orilla del río; después, comería en una terraza e iría a unos grandes almacenes.

Cuando el sol se estaba poniendo, Tasha ya iba de vuelta a casa con el asiento trasero lleno de bolsas. Lo que más le apetecía era llegar a casa, hundirse en un sillón y mirar la televisión mientras se comía lo que había comprado en un chino.

A las ocho, sonó el teléfono, justo cuando acababa de salir de la ducha. Se enrolló una toalla y descolgó el aparato que había en la habitación.

–Tasha.

La voz de Jared le puso la carne de gallina y sintió la necesidad de agarrarse con fuerza la toalla.

–Jared –respondió ella con educación–. ¿Qué tal estás?

–Escondido tras una pila de legajos, pasando información al ordenador. ¿Y tú?

–Estaba a punto de meterme en la cama a leer un rato.

–Yo podría ofrecerte algo más interesante.

A ella se le aceleró el pulso.

–No me cabe la menor duda –solo con pensarlo le temblaban las piernas–. ¿Me llamas por algo en especial?

–Sí. Tengo unas entradas para una subasta para recaudar fondos en el Hilton el martes por la tarde. Merece la pena ir; en la lista hay obras de arte, porcelana y joyas.

Él sabía que a ella le encantaba la porcelana.

–¿Me estás invitando a que vaya?

–Exactamente.

–Entonces, acepto.

–Pasaré a buscarte a la seis y media. La invitación es para la siete. Antes de la subasta ofrecerán canapés y champán.

–A sus órdenes.

Él se quedó en silencio.

–Eres muy audaz al teléfono, ya veremos si eres tan valiente en persona –era la voz que utilizaba por la noche… amable, aterciopelada, con una promesa sedosa de recompensa.

–Tú lo sabes mejor que nadie –dijo ella en voz alta, convencida de que su voz no había temblado pero con la duda de si se estaría tomando el pelo a sí misma.

# Capítulo 7

EL LUNES, un mensajero le llevó una rosa roja al trabajo, y el martes, otra.

Tasha ponía cada día la rosa en el jarrón donde estaban las demás, consciente de que alguien, probablemente la encargada de la limpieza, les cambiaba el agua y retiraba las que ya estaban marchitas.

Esa noche tenía que asistir a la subasta. Dudó un rato qué ponerse y, al final, se decidió por una falda larga negra y un corpiño ajustado con bordados de hilos de plata. A juego con el conjunto, se puso un chal con varias tonalidades de plateado, gris y negro. Para completar el atuendo, se calzó unos zapatos de salón negros con tacón de aguja y el pelo se lo recogió en un moño desenfadado.

Jared llamó al telefonillo a la hora exacta.

–Ya bajo.

El aspecto de él era sensacional con aquel esmoquin negro, una camisa blanca impoluta y una pajarita negra al cuello. Desde luego, estaba que cortaba el hipo, concedió ella al acercarse para saludarlo.

El brillo cálido de aquellos ojos oscuros la hizo estremecerse.

–¿Si te digo que estás preciosa me lo negarías?

–¿Por qué iba a hacer algo así?

Jared le abrió la puerta del coche, y después dio la vuelta para sentarse al volante. Cuando llegaron al hotel, le dejaron las llaves al aparcacoches y ellos entraron en el vestíbulo. Después, subieron en el ascensor a una sala donde los invitados estaban reunidos tomando champán.

Un grupo bastante heterogéneo, pensó Tasha mientras Jared le ofrecía un zumo de naranja y agarraba una copa de champán para él.

A las siete y media, se abrieron las puertas de la sala donde estaban expuestos los diferentes objetos de la subasta.

Jared permaneció a su lado mientras ella se acercaba a los objetos de porcelana. Verdaderas delicadezas pintadas a mano. A algunas de ellas podía reconocerlas, pero tenía que recurrir al catálogo para ver la procedencia de otras.

–¿Ves algo que te guste?

–Quizá sería más fácil decirte lo que no me gusta –le contestó Tasha–. ¿Hay algo que te gustaría ver?

A él le gustaba mucho el arte y ya había marcado en el catálogo

las piezas que le gustaban.

En la sala también estaban los Haight-Smythes. Cuando se encontraron, intercambiaron unos saludos y siguieron viendo los objetos; ya tendrían tiempo después de la subasta de charlar un rato.

–Jared, pensé que vendrías esta noche.

Tasha se volvió lentamente y se encontró con Soleil y su padre. Consiguió dibujar una sonrisa amable en el rostro y saludarlos con cortesía.

–Ya nos veremos más tarde, mi padre quiere ver las joyas.

¿Sabría Jared que Soleil iba a estar allí esa noche?

–No tenía ni idea –le dijo Jared, leyéndole la mente.

Encontrarse con Soleil en cada acto se estaba convirtiendo en algo realmente tedioso.

–Estoy de acuerdo contigo.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Tienes telepatía?

–Es muy fácil leerte el pensamiento.

Él le dedicó una sonrisa que le derritió el corazón.

–¡Fantástico! –exclamó ella con ironía.

–Tiene algunas ventajas.

–¿Como cuáles?

Él le pasó un dedo por el labio inferior.

–Me ha mantenido cuerdo.

–Entiendo.

–No estoy muy seguro.

En aquel momento, el organizador subió al podio y dio un discurso de bienvenida antes de presentar al encargado de la subasta.

El hombre explicó las reglas brevemente y presentó el primer artículo.

Pasaron unas cuantas horas hasta que se subastaron todos los objetos y el dinero que se recaudó superó con creces las expectativas del organizador.

Tasha no pujó por ningún objeto, pero Jared sí. Al final, consiguió un óleo magnifico y una porcelana de Lladró exquisita.

Cuando todo acabó, los invitados volvieron a la sala contigua donde les habían servido el champán para tomar unos canapés con té o café.

Allí fue donde Soleil y su padre se acercaron a Jared. Soleil se mostró tan empalagosa que Tasha se puso enferma.

¿Estaba intentando impresionar a Jared, a su padre… o a los

dos? Fuera lo que fuera, era una actriz consumada y Tasha tuvo la necesidad de pagarle con la misma moneda.

–Parece que tenemos los mismos gustos con respecto a eventos sociales –señaló Tasha y notó que Soleil fruncía el ceño.

–La élite social de Brisbane suele acudir a las mismas funciones – una risa floja escapó de sus labios repintados–. Esto no es Nueva York, querida.

–Me da la impresión de que aunque lo fuera, no te sería difícil localizar a tu presa.

–Me alegro de que conozcas mi intención –se tomó un instante para mirarse las uñas antes de continuar–. Eso lo hace mucho más fácil.

–¿De verdad opinas eso?

–Sin duda.

En aquel momento, Jared la tomó de la mano y se la llevó a los labios.

–¿Estás lista, cariño?

–Sin duda –dijo Tasha copiando la expresión de la otra mujer mientras inclinaba la cabeza a modo de despedida–. Buenas noches.

Estuvo a punto de añadir: «Ha sido un placer». Pero decidió ser sincera y no añadir nada.

–¿Podrías explicarme de qué estabais hablando? –le preguntó Jared mientras se dirigían hacia el ascensor.

–No merece la pena.

–Soleil es…

–Muy buena en su trabajo –lo interrumpió ella.

–Entusiasta, en lo que se refiere a los hombres.

–¡Ah! Te has dado cuenta.

Cuando llegaron al bajo, Jared se acercó al conserje para pedirle el coche.

–Es parte de mi naturaleza.

El Jaguar apareció ante sus ojos. El portero abrió la puerta del copiloto y la volvió a cerrar cuando Tasha se hubo sentado; después, aceptó con discreción la propina que Jared le dio.

–Estoy impresionada –declaró Tasha y se dio cuenta de su sonrisa cínica.

–¿Es eso un cumplido, Tasha? –preguntó mientras arrancaba el coche.

–Quizá –concedió ella.

No les llevó mucho tiempo llegar al apartamento.

–Ha sido muy interesante. Gracias –le dijo ella mientras se desabrochaba el cinturón.

Había una parte de ella que deseaba escapar cuanto antes; otra, deseaba quedarse y que él la tomara en sus brazos y la besara. Pero un beso no sería suficiente. Ella quería más, mucho más, y ahí residía el peligro.

Sería tan fácil invitarlo a que subiera… pero si lo hacía sabía cuál sería el final. No tenía ninguna duda de que el sexo sería fantástico, pero eso no solucionaría nada.

–Buenas noches.

–Te has olvidado de algo –le dijo él con calma.

Antes de que ella pudiera hacer o decir nada, le tomó la cara entre las manos y la besó. Lentamente, con una incitación tan clara y tan desvergonzada que le robó el sentido.

Cuando levantó la cabeza, ella era incapaz de decir palabra. Él le rozó los labios con los suyos.

–Si no quieres compartir la cama conmigo esta noche, te sugiero que salgas inmediatamente del coche.

Su advertencia sonó aterciopelada y sinuosa. Demasiado, para ella. Salió rápidamente de su asiento y se dirigió hacia el portal de su apartamento.

Jared tamborileó los dedos en la mesa de su despacho.

Nunca en su vida se había sentido tan impotente ni había sentido tanto miedo.

En cuestión de unos días, su mundo personal se había desmoronado. Había pasado de una relación satisfactoria que lo hacía feliz a no tener nada.

El piso parecía vacío y el silencio le resultaba horrible. No había ninguna voz alegre para saludarlo cuando llegaba a casa del trabajo ni unos brazos ávidos que lo buscaran durante la noche.

A una parte de él le resultaba difícil aceptar lo que Tasha estaba haciendo. Dos años… y, ahora, de repente, parecía que esos dos años se habían evaporado.

¿Habría terminado todo?

Le había pedido que se casara con ella. ¿Acaso no era aquello suficiente? Parecía que no.

Al principio, se había enfadado. Estaba completamente seguro de que ella no se iría de casa y, cuando lo hizo, pensó que no duraría más de una semana.

Atendía a sus llamadas y contestaba a sus mensajes; pero lo hacía de una manera tan fría y formal que le entraban ganas de zarandearla.

Quería que volviera a casa, a sus brazos, a su vida. ¡Caramba! La necesitaba.

Jared se pasó los dedos por el pelo. Se dejó caer en su silla y echó una ojeada a la pila de archivos que tenía sobre la mesa. Después, se volvió hacia la ventana y contempló pensativo la ciudad.

Llevaba días, con sus correspondientes noches, considerando sus opciones, presentando argumentos a favor y en contra de cada una de ellas y había llegado a la conclusión de que no tenía opciones.

Aunque, por lo menos, tenía una ventaja al poder verla al cumplir con sus compromisos sociales.

Agarró un bolígrafo y tamborileó con él sobre la mesa.

No parecía que le disgustara mucho salir con él. Siempre la recogía en su apartamento y, después, la volvía a dejar allí; pero ella nunca lo invitaba a subir.

Entrecerró los ojos y de sus labios escapó una maldición.

Había retrocedido de vivir juntos a quedar para salir. Era absurdo.

A pesar de toda su experiencia legal y su habilidad para vencer a sus oponentes con recursos verbales, no tenía ningún poder sobre Tasha.

Excepto uno. Se podría llamar química, compatibilidad sexual, sensualidad compartida, pasión… Caramba, «podría» llamarse amor.

Se llamara como llamase a la emoción primitiva y única que existía entre ellos, de una cosa estaba seguro: nunca en su vida había experimentado nada parecido. Y, en lo más profundo de su ser, sabía que no volvería a experimentarlo con ninguna otra persona.

¿Le pasaría lo mismo a ella? La respuesta era evidente: «sí». Ninguna mujer podía perder el control como ella lo hacía… Había habido veces en las que él la había llevado tan alto que se había puesto al rojo vivo en sus brazos. Era suya y solo suya.

Sin embargo, entre ellos había algo más que sexo. Mucho más. Ella era su luz, su corazón, el aire que respiraba. Su razón de ser.

Estaba perdido si la perdía. Quedaría reducido a un padre con mando a distancia, al que le concederían unos derechos de visita… y tendría que ver a otro hombre ocupar su lugar en su cama.

Agarró el bolígrafo con fuerza y cuando el teléfono sonó le costó controlar un aullido de dolor.

Tienes algo en la recepción.

Tasha puso una marca en el fichero que estaba leyendo.

–Ahora salgo.

Era una caja pequeña. Cuando firmó la entrega vio la cara de curiosidad de Amanda.

–Gracias.

–¿Piensas abrirlo antes de irte a casa?

–Te llamaré cuando lo haga.

–Ah, eso espero.

–También puedes traerme la ficha de McCormick cuando vengas.

–Eso haré.

En aquel momento, sonó un timbre en el mostrador de Amanda y esta se despidió para atender la llamada. Tasha volvió a su oficina.

Había una tarjeta en el envoltorio.

*Espero que esto le vaya bien a tu oficina.*

¿No lo habría hecho? Con dedos temblorosos desenvolvió la caja, la abrió y apartó el papel protector que cubría la exquisita figurita de Lladró que Jared había adquirido en la subasta.

Acarició la figurilla con reverencia, admirando su perfección y, con mucho cuidado, la dejó sobre el escritorio de caoba.

Tasha agarró el móvil, tecleó un mensaje y se lo envió.

En aquel momento, Amanda entró con la ficha que le había pedido.

–¿Qué te parece? –le preguntó al ver la cara de admiración de la recepcionista.

–Es fantástica. Por supuesto, será de Jared –dijo la muchacha, mientras dejaba la ficha sobre el escritorio.

Tasha lo llamó en cuanto llegó a su apartamento.

–Gracias –le dijo con sinceridad. Es preciosa.

–Es un placer. Me gusta regalarte cosas. Pensaba llamarte esta noche –continuó Jared–. ¿No te habrás olvidado de que tenemos entradas para el espectáculo del Casino?

Tasha cerró los ojos y los volvió a abrir despacio.

Se le había olvidado por completo. Lo cual era bastante perdonable, teniendo en cuenta los acontecimientos de los últimos días.

Realmente quería ver ese espectáculo. Recordaba que cuando Jared lo había propuesto a ella le había parecido una idea genial. Cuando él sugirió que podían combinar la función con un fin de semana en la Costa Dorada, ella se había mostrado entusiasmada.

Jared tenía un piso en un edificio exclusivo con acceso directo a

la playa y a ella le encantaba el tiempo que pasaban allí.

Ahora tendría que rechazarlo.

–Preferiría no quedarme.

No era una negación rotunda y él aprovechó la ocasión.

–El piso tiene dos dormitorios.

¿Y eso significaba algo?

–Jared…

–Pasaré a buscarte a mediodía –y cortó la comunicación.

Ella no tuvo la oportunidad de negarse.

# Capítulo 8

ERA DE locos aceptar pasar un fin de semana en la costa con Jared. Entonces, ¿por qué estaba sentada con él en el Jaguar escuchando música e intentando concentrarse en el paisaje?

No importaba lo que quisiera justificarse.

De acuerdo que le apetecía mucho ver el espectáculo del Casino, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba jugando con fuego al pasar la noche bajo el mismo techo que él.

En más de una ocasión había agarrado el teléfono par cancelar la cita; pero, en el último momento, se había arrepentido.

Además, necesitaba probarse que podía resistir la tentación y seguir siendo su amiga. Estaba claro que en el futuro tendrían que verse; ella llevaba a su hijo. Así que una amistad basada en el cariño era mejor que una basada en la enemistad.

–Hace un día precioso.

¿De verdad había dicho eso ella? Había sonado tan banal, tan… vacío.

Era una locura pensar en una relación cordial con el hombre con el que había mantenido una relación tan fuerte. Solo pensar en la intimidad que habían compartido y se ponía nerviosa. Pero eso era lo que le quedaba. Aquella otra parte de su relación había terminado.

Le encantaba la costa, con sus complejos turísticos, los parques temáticos, los mercadillos. Todas las ventajas de la ciudad, pero ninguno de sus muchos inconvenientes. Era el paraíso de los turistas donde durante todo el año, reinaba un ambiente festivo.

–Dejaremos las bolsas y nos iremos a la avenida Tedder a comer.

–Me parece bien –dijo ella con suavidad en el camino al ascensor.

La avenida Tedder era una área muy de moda donde la élite social solía quedar con sus amigos para comer o para tomar un café.

A Tasha le gustaba aquella vida de vez en cuando.

El piso de Jared era precioso. Las paredes eran grandes ventanales con vistas al mar y los muebles eran de lujo. Un lugar ideal para relajarse y desconectar, pensó Tasha mientras llevaba su bolsa de viaje a la habitación que iba a ocupar. Sacó la ropa que pensaba llevar esa noche y la dejó en una percha. Después, guardó la maleta y se fue al salón.

Jared estaba de pie mirando por la ventana. Cuando ella entró en la habitación, él se volvió.

Tasha no estaba preparada para la sensación electrizante que le recorrió el cuerpo, ni para la manera en la que se le aceleró el pulso.

Él lo tenía todo, pensó. La altura y el físico que la mayoría de los hombres envidiaban y la mayoría de las mujeres deseaban. Tenía una estructura ósea perfecta y unas facciones faciales muy atractivas. Si a eso se le añadía la sensualidad innata, se convertía en un conjunto de muerte.

Aparte del físico, también había en él una profundidad, una personalidad fuerte. Eso por no hablar de lo inteligente y encantador que podía ser. Por si fuera poco, tenía un «no sé qué», algo indefinible que ocultaba bajo la piel que lo hacía aún más atractivo.

–¿Estás lista?

–Sí. Vamos a comer algo.

Durante la última semana, había empezado a comer poco pero a menudo y, aunque todavía no había grandes cambios físicos, sí había unas pequeñas diferencias que ella había empezado a notar.

Un paseo de cinco minutos los llevó al centro de la avenida. Allí eligieron un café y se sentaron en una mesa para ver el menú.

–¿Te gustaría hacer algo en particular esta tarde?

Tenía varias opciones, pero a ella le apetecía lo más sencillo:

–Un paseo por la playa.

–¿No quieres ir de tiendas? –preguntó él.

–No necesito nada –contestó ella, pensando que lo que ella necesitaba no se podía comprar.

Acabaron de comer después de las tres y dieron un paseo hacia la playa. Después, caminaron por la arena hacia el hotel Sheraton. Allí entraron a tomar café antes de subir por el puente hacia el centro comercial.

Alrededor de las cinco, volvieron al piso, se ducharon y se vistieron para ir al espectáculo.

Tasha había elegido un vestido negro ajustado de diseño exclusivo. Se puso unos pendientes de diamantes y un colgante a juego. Después, se maquilló con esmero y se recogió el pelo en un moño desenfadado. Luego, se puso sus habituales zapatos de tacón de aguja y agarró un bolso de mano.

Jared la sorprendió al dirigirse hacia el otro extremo de la playa y parar el coche en la entrada del hotel Palazzo Versace.

De cinco estrellas. Un lugar realmente exclusivo.

El portero se acercó al coche y abrió la puerta del copiloto. Jared salió al mismo tiempo y le entregó las llaves del vehículo.

Cuando entraron en el lujoso vestíbulo, él la miró.

–Me parece que este lugar es uno de tus favoritos.

–Sí, lo es –dijo ella encantada.

La primera vez que la llevó allí fue al poco de la apertura oficial del Palazzo. Recordaba el entusiasmo que sintió al ver el interior elegante con suelos y columnas de mármol, la fuente del centro, la iluminación exquisita y las fabulosas vistas de la playa y el mar.

–Gracias –dijo muy despacio.

–Es un placer.

Ella le sonrió por respuesta, temblando por lo que aquella palabra evocaba. Demasiado significado para una sola palabra.

«Déjate llevar», se dijo en silencio mientras el maître los acompañaba a su mesa.

Estaba empezando a anochecer, pronto reinaría la oscuridad y mostraría una dimensión diferente de la ciudad y la playa.

El servicio era excelente, la comida soberbia. Se quedaron todo el tiempo que pudieron, saboreando un café, antes de dirigirse hacia el Casino para disfrutar del espectáculo.

Durante todo el día, Tasha había sido plenamente consciente del hombre que tenía a su lado. El suave toque de su mano en la espalda, de los dedos entrelazados con los suyos…

Era imposible ignorar la calidez de su mirada o el modo en que le afectaba.

¿Sería él consciente de su pulso acelerado? ¿De la manera en que su vello se erizaba al más mínimo roce?

Habría dado cualquier cosa por apoyarse contra él y levantar la cara para pedirle un beso… Casi lo hizo en una ocasión como acto reflejo, pero se dio cuenta en el último segundo y logró contenerse a tiempo.

El Casino era un hervidero de actividad con gente yendo y viniendo. Jared la agarró de la mano y se la llevó hacia el auditorio.

«Espectacular, increíble…». Esos fueron solo dos de los adjetivos que Tasha pronunció durante el intermedio para describir el espectáculo. La puesta en escena, la música, los trajes, el tema… todo le estaba pareciendo fantástico.

Jared se preguntaba si sabría lo preciosa que era. Y no solo por fuera, sino también por dentro, donde importaba más. En ella no había artificios ni juegos. Era como un soplo de aire fresco en su vida.

Nunca se le había ocurrido pensar en que ella lo dejara. De hecho, si alguna vez se le había pasado por la cabeza la separación, siempre habría pensado que sería él el que cortara.

–No me habría perdido esto por nada del mundo –declaró ella con un brillo especial en la mirada–. ¿No te parece fantástico?

–Desde luego. ¿Quieres tomar algo?

–Está bien.

Cuando llegaron al vestíbulo, ella se dirigió hacia el aseo y él se encaminó hacia el bar.

Ella se volvió y vio que él estaba charlando animadamente con Soleil.

¡Qué coincidencia!, pensó Tasha.

Soleil y Jared hacían muy buena pareja. Ella, con su melena negra brillante y su fantástica figura envuelta en ropa de diseño, estaba realmente guapa.

Pero Jared le pasó una mano por la cintura cuando se puso a su lado y la sonrisa que le dedicó fue algo especial.

Después de unos saludos breves pero educados, sonó el timbre que anunciaba el comienzo de la función.

–¿Quedamos en el bar del ático después de la función? –preguntó Soleil.

–¿Tasha?

Lo último que deseaba en el mundo era estar con esa mujer; sin embargo, le dedicó a Jared una sonrisa brillante antes de decir: –¿Por qué no?

La segunda parte de la representación fue igual de espectacular. El final, asombroso. Cuando el telón bajó, la gente rompió en aplausos.

A Tasha no le apetecía nada ver a Soleil, por lo que pensó en excusarse con un dolor de cabeza o algo así. Pero no quería dejar que ella ganara, por poca cosa que fuera.

Soleil estaba esperándolos en la puerta, sola. Jared encontró una mesa en el bar del ático y allí se sentaron. La conversación giró en torno al espectáculo.

–¿Me disculpáis un momento? –dijo Tasha con una sonrisa de compromiso mientras se ponía de pie. Otro de los cambios que había notado desde que estaba embarazada era que necesitaba ir al aseo con más frecuencia.

–Voy contigo –le dijo la mujer.

«Fantástico», pensó ella. Si Soleil tenía pensado una charla amistosa se iba a llevar un chasco, porque ella no estaba de humor.

Cuando Tasha salió del aseo, ella estaba retocándose el maquillaje.

–¿Hay algo de cierto en el rumor que corre por ahí de que te has mudado a un apartamento?

¡Dios Santo! Esa mujer no se andaba con rodeos, iba directa a la yugular.

–¿Tenemos pinta de estar separados?

La expresión de Soleil se volvió más tensa.

–¿Por qué no respondes a mi pregunta?

–Porque no estoy obligada a hablar de mi vida personal contigo.

–Si no fuera cierto, lo habrías negado con rotundidad –dijo la mujer con la boca repintada–. Solo una advertencia… Jared es mío.

Tasha no se lo podía creer.

–¿No me digas? Buena suerte, entonces.

–Nunca dejo nada a la suerte.

Tasha cerró su bolso de mano y caminó hacia la puerta. Allí se giró hacia la mujer.

–Solamente confiarás en la maquinación y la manipulación.

Había algo satisfactorio en decir la última palabra; aunque tenía la sensación de que no sería por mucho tiempo.

Ella llegó a la mesa antes que Soleil y se encontró con la mirada especulativa de Jared.

–¿Qué tal?

–Ni me preguntes –le advirtió ella unos segundos antes de que Soleil hiciera presencia.

–¿Vas a volver a Brisbane esta noche? –preguntó Tasha.

–No. Tengo una habitación en el Royal; pensé que podía jugar al golf antes de volver –hizo una pausa antes de continuar–. Quizá os apetezca jugar conmigo.

Para gran alivio suyo, Jared intervino.

–Gracias por la invitación, pero ya tenemos planes.

Ella no tenía ni idea de ningún plan.

–¿Ah, sí?

–Sí.

Ella miró a Soleil y se encogió de hombros.

–Parece que el golf no está en el programa.

Él acabó el café que estaba tomando y pagó la cuenta.

–¿Estás lista?

Tasha agarró su bolso y se puso de pie.

–Que disfrutes del fin de semana, Soleil. Seguro que nos volvemos a ver pronto.

Tasha no dijo ni una palabra mientras bajaba con Jared en el ascensor.

–¿Te importaría explicarme qué os traéis entre manos?

Tasha no lo miró.

–Soleil me ha preguntado si era cierto que me había mudado.

Por lo visto va ir a por ti.

–¿Y tú que le has dicho?

–Le deseé buena suerte.

En ese momento, llegaron a la calle principal donde estaba su piso y metió el coche en el garaje.

–¿Te molesta Soleil? –le preguntó Jared mientras abría la puerta de la vivienda.

–Se siente atraída por ti –dijo ella entrando en el salón.

Se quitó los zapatos y los pendientes.

–¿Debería sentirme halagado?

–Por el amor de Dios, Jared –dijo ella exasperada–. Cualquier mujer entre los dieciséis y los sesenta años se sentiría atraída por ti. Tienes que estar ciego para no darte cuenta.

Y él era todo lo contrario a ciego. Por su trabajo había desarrollado la capacidad de leer el lenguaje corporal y ver más allá de lo que estaba a la vista. A ella, especialmente, podía leerla como si fuera un libro abierto.

Ella recogió sus zapatos del suelo.

–Gracias por la cena y el espectáculo. He disfrutado de los dos.

–Si no hubiera sido por Soleil.

Tenía que ser sincera:

–Sí.

Se volvió y caminó hacia su habitación; después cerró la puerta en silencio.

En pocos minutos, ya se había quitado la ropa, se había limpiado el maquillaje y estaba a punto de acostarse. Cuando se metió en la cama se propuso dormir sin pensar en Jared.

Y lo consiguió. Sin embargo, a mitad de la noche, se despertó. La habitación estaba totalmente a oscuras y ella se sintió desorientada durante unos instantes. Después, la necesidad de beber la hizo dirigirse a la cocina.

Allí se sirvió un vaso de agua y se lo tomó de un trago.

Por algún motivo desconocido, se sentía demasiado intranquila para volver a la cama. Por eso, se dirigió hacia el salón y se puso a mirar por uno de los ventanales.

El cielo estaba oscuro y lleno de estrellas y la luna brillaba en lo alto.

Algo se movió en su campo de visión y ella siguió la luz. Debía de ser un avión pequeño que se dirigía hacia el aeropuerto de Coolangatta, a unos treinta kilómetros hacia el sur.

Los edificios de apartamentos parecían centinelas en la noche. A aquellas horas, no había ninguna ventana iluminada. Solo la luz de

las farolas iluminaba la calle que llevaba al centro.

Apenas había tráfico; por eso se quedó mirando a unos motoristas que parecían estar echando una carrera. Al instante, tras ellos apareció un coche de policía con la luz roja y azul encendida.

–¿No puedes dormir?

Había estado tan concentrada en la escena que tenía lugar en la calle que no se había dado cuenta de su presencia.

–Tenía sed y vine a por un vaso de agua. ¿Te he molestado?

«Más de lo que te imaginas», admitió Jared en silencio.

–Estaba despierto.

Tasha no dijo nada durante unos segundos

–Todo está tan tranquilo a esta hora…

Él estaba cerca, demasiado cerca, y ella quería separarse, pero sus piernas se negaron a obedecer las órdenes de su cerebro. Era consciente de él, del aroma de su colonia, del calor de su cuerpo y de su potente masculinidad. Él siempre dormía desnudo y a ella no le costaba nada imaginar su cuerpo, su poderosa musculatura, su erección…

Sintió que el cuerpo le temblaba un poco, como si tuviera vida propia, muy sensible y receptivo a la corriente de energía primitiva que existía entre los dos.

«Por favor, por favor», suplicó en silencio. «Vete. No creo que pudiera soportar si te quedaras».

Ella era como un instrumento bien afinado, esperando que el maestro la tocara para dejar que la música le saliera del alma. Para mezclarse con la de él y convertirse en algo tan mágico que tenía el poder de robarle el aliento y la cordura.

Ella sintió sus manos en los hombros y su cuerpo suspiró; después, comenzó a responder.

Sintió cómo se le erizaba el suave vello de la piel, buscando su contacto, y cada nervio se enervó pareciendo cobrar vida propia.

Jared no se movió y ella tampoco. Era como si los dos tuvieran miedo de decir o hacer nada. Como si algo pudiera romper el hechizo.

Tasha sintió su respiración en la sien y, a continuación, la caricia de sus labios.

Él le apartó con delicadeza el pelo del cuello, se inclinó para besarle la nuca y ella sintió que una espiral le crecía dentro.

Debería decirle que parara. Debería apartarse.

Pero no pudo hacer ni lo uno ni lo otro. Una alquimia primitiva la mantenía unida a él.

«Solo un beso», se dijo a sí misma. «Solo uno…».

Él la giró hacia él, con ternura, y con las manos le rodeó la cara. Después, su boca se cernió sobre la de ella con una súplica tierna que le provocó un nudo en la garganta.

Con la lengua, jugó con la de ella. Primero, con una caricia delicada, después, con un baile tan erótico que ella sintió que se iba a derretir.

Ella le acarició los hombros con la yema de los dedos, rozándolo suavemente. Pero, enseguida, retiró las manos como si tuviera miedo del calor de su cuerpo. Mientras, él seguía explorándole la boca de manera evocadora, tomando y dando hasta que ella no pudo más.

No era suficiente. Nunca sería suficiente. No pudo evitar un gruñido cuando él le acarició la cadera. Después, deslizó la mano hacia el muslo y más abajo para meterse por debajo del camisón.

A él le encantaba su piel sedosa. Era tan firme y tan suave.. tan cálida. Sintió el leve temblor que recorrió el cuerpo de ella y siguió con su exploración hasta acariciar los rizos de la cúspide de entre las piernas. Un gemido escapó de los labios de ella cuando él continuó con una caricia más íntima por los pliegues suaves y húmedos.

Con un movimiento delicado, le quitó el camisón y lo dejó caer en el suelo. Después cerró la boca sobre la de ella con pasión. Cuando la soltó, ella solo podía mirarlo, muda, perdida en un mar de emociones complejas, haciendo un esfuerzo para no llorar.

Jared le rodeó los glúteos con las manos y la levantó contra él.

–Pienso que…

–No –le dijo él con voz aterciopelada– pienses.

Escondió la boca en su cuello, saboreando la suavidad de su piel; después, subió una mano por la columna y le sujetó la nuca mientras devoraba sus labios provocándola.

Era una seducción flagrante y ella se dijo que no le importaba. Lo quería. Necesitaba que le hiciera el amor lentamente.

«Una noche, solo una». ¿Sería malo quererlo tanto?

Él se separó un instante y ella escondió la cara en el hueco de su cuello, temerosa de lo que él pudiera ver mientras caminaba hacia la habitación con ella en brazos.

La luz de la luna se filtraba por la ventana y bañaba toda la habitación, marcando el contorno de los muebles y de la enorme cama donde él la depositó antes de tumbarse a su lado.

–Jared…

Él presionó un dedo contra sus labios y los acarició.

–Quiero darte placer –le dijo con suavidad.

Ella tembló cuando él trazó un sendero con la boca hacia su pecho y cautivó un pezón con los labios. Después le dio el mismo tratamiento al gemelo.

Un calor inundó su cuerpo cuando él continuó hacia abajo y los ojos se le llenaron de lágrimas contenidas durante mucho tiempo. Le besó la cintura, el vientre y, después, siguió más abajo hasta darle el beso más íntimo de todos.

Al primer toque de su lengua, ella ardió en una espiral cada vez más alta hasta que estalló cuando el éxtasis la embargó.

Tenía la piel caliente y empapada en sudor cuando extendió la mano hacia él y comenzó a darse un festín que le entrecortó el aliento.

Solo había una manera de acabar aquello.

Ella lo llevó al límite, y después, él la poseyó con suaves y largas acometidas que la llevaron a un viaje evocativo, seductor y fascinante.

«Mágico», pensó ella, soñolienta, al rato, mientras permanecía en sus brazos, con las piernas entrelazadas y al borde del sueño.

La habitación se fue iluminando con la luz del amanecer. Pronto, el sol brillaría en lo alto, inundándolo todo de luz y de color, y la ciudad comenzaría a despertarse.

Tasha cerró los ojos, escondió la cabeza en el pecho de Jared y se durmió.

Se despertó muy tarde. Por lo menos eran la diez, decidió demasiado perezosa para darse la vuelta a mirar el despertador.

Se estiró un poco con un movimiento puramente felino y frotó el pie contra un una pierna dura y musculosa.

Durante un segundo se quedó helada. Después, recordó lo que había pasado y giró la cabeza hacia la cara de Jared.

# Capítulo 9

HAS DORMIDO bien?

Tasha abrió la boca para decirle que siempre dormía bien después de hacer el amor, pero se contuvo.

Él levantó una mano y, con suavidad infinita, le acarició la mejilla. En la boca dibujó una sonrisa cálida y sensual.

–Lo que hicimos anoche fue precioso.

Ella se tragó el nudo que tenía en la garganta.

–Buen sexo –consiguió decir con suavidad y vio cómo la mirada de él se oscurecía.

–Más que eso, mucho más.

Ella quería darle la razón, pero las palabras no salieron de su boca.

–Voy a darme una ducha –tenía que volver a las cosas prosaicas, si no sería capaz de decir alguna estupidez–. ¿Quieres tomar el desayuno en la habitación o salimos?

El truco no funcionó. Tenía el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Demasiado evidente para ocultar lo que sentía.

Estaba muy cerca de ella. Demasiado cerca, y los recuerdos de la noche anterior eran tan vivos que todavía sentía los efectos de su posesión.

Y lo que era peor, una parte de ella lo deseaba de nuevo. Era una locura, pensó en silencio. Una locura total.

Él la había visto desnuda un millar de veces… más si se ponía a contar. Entonces, ¿por qué la preocupaba tanto salir de la cama para ir al baño?

Lanzó un juramento y se levantó.

Giró la llave del grifo y se quedó bajo el chorro un rato. Después, fue incrementando la temperatura antes de alcanzar el jabón. Pero entonces, Jared entró en el cubículo con ella y le quitó el jabón de la mano.

–Márchate –soltó ella con fiereza.

–De eso nada.

Ella le puso las manos en el pecho y lo empujó. Pero no consiguió nada.

–Jared –su voz sonó entrecortada cuando él se puso a enjabonarle el pecho. Ella se encogió de manera involuntaria.

–¿Te he hecho daño?

–Yo… –cerró los ojos y volvió a abrirlos–. Están muy sensibles.

Él recordaba perfectamente cómo los había succionado con

avidez y cómo los había mordisqueado llevándola al límite entre el dolor y el placer.

Su maldición fue inaudible. Cerró la boca sobre la de ella con un beso antes de seguir con lo que estaba haciendo.

–No –Tasha cerró el puño y le golpeó en el pecho cuando él llegó a la unión entre las piernas.

Hizo una pausa; después se enderezó y se encontró con su mirada preocupada

–Jared… anoche… Solo porque lo hiciéramos no quiere decir que todo esté resuelto.

Jared se quedó muy quieto y su expresión se convirtió en una máscara enigmática.

–¿Para ti solo fue eso… «sexo»?

Fue algo más que eso. Mucho más.

–Preferiría no hablar de eso.

–Evitando el tema no lo vas a solucionar –le advirtió él.

–Tú tampoco me dejas olvidarlo –le dijo ella, mirándolo desafiante. Después se dio la vuelta–. Si no te importa, quiero ducharme sola.

Él apoyó las manos en sus hombros y la giró para que lo mirara.

–¿Y si me importara?

Ella lo miró con dureza, pero él cubrió su boca con la suya impidiéndole contestar. Fue a golpearlo, pero él le sujetó el puño y la hizo gritar de impotencia. Después le agarró la otra muñeca y le puso las dos manos a la espalda de manera que nada se interpusiera entre sus dos cuerpos desnudos.

La sujetó con firmeza, impidiendo cualquier movimiento que ella quisiera hacer. Subió una mano hacia su nuca y con la fuerza de su boca la obligó a abrir los labios.

Ella dejó escapar un gemido y, después de unos segundos interminables, la soltó.

Tasha no pudo decir ni una sola palabra. Tenía los labios doloridos por la invasión y los ojos llenos de lágrimas. Pestañeó con fuerza para que no se vieran.

Él le agarró la barbilla con firmeza para obligarla a mirarlo, pero ella bajó las pestañas en un último esfuerzo por ocultar su dolor.

Él lanzó una maldición y le acarició con suavidad el contorno de los labios. Ella se puso tensa.

–Vete –le dijo él con calma–. Antes de que diga o haga algo de lo que tenga que arrepentirme.

Tasha no necesitó que se lo repitiera. Salió de la ducha, agarró una toalla para envolver sus delicadas formas y se escapó a la

habitación. Allí se secó y se puso ropa interior que sacó de un cajón. Después, se puso unos vaqueros y una camiseta de algodón.

Jared entró en la habitación, con una toalla alrededor de la cintura. Tasha sintió su mirada analítica. En aquel momento, sintió que lo odiaba, tanto que experimentó una oleada de náuseas.

Debió de ponerse pálida porque él pareció alarmarse.

–¿Tasha?

Unos segundos después, ella corrió hacia el baño y vomitó con violencia.

Él estaba allí, sujetándole la frente, apartándole el pelo. Cuando todo acabó, agarró un pañuelo facial y le limpió la cara.

–¿Estás bien? –le dijo con ternura.

Dios Santo.

–Creo que sí.

–Quédate aquí. Voy a prepararte un té y unas tostadas.

El estómago se le encogió al pensar en comida. Sin embargo, había leído que lo mejor para aliviar los síntomas era tomar té y algo ligero.

–Creo que todavía no he terminado –consiguió decir, antes de volver al baño.

Jared la sujetó. Después, volvió a limpiarle la cara, maldiciendo en silencio al ver las lágrimas de sus ojos.

–No llores, por favor.

–Solo es una reacción –le dijo ella, mientras él le besaba cada mejilla–. Estaré bien. Solo… prepárame ese té –dijo con un escalofrío.

Mientras él estaba en la cocina, ella se cepilló los dientes y se recogió le pelo. Después, cuando Jared volvió a la habitación, ella se sentó en una silla y bebió el té a pequeños sorbos. La tostada también ayudó y, cuando acabó, se sentía humana de nuevo.

–Gracias.

Él agarró la taza vacía y el plato y los dejó en la mesilla.

–¿Cuánto tiempo llevas así?

–Una semana.

Él le acarició la mejilla.

–¿Te apetece dar un paseo por la playa e ir a desayunar a la avenida Tedder?

Tomar un poco de sol y aire fresco le pareció una idea muy apetecible.

–Sí.

–Dame unos minutos para afeitarme y vestirme.

Tasha se puso unas zapatillas de deporte y llevó la taza y el

plato a la cocina.

Jared se unió a ella allí, y juntos tomaron el ascensor hasta el bajo y salieron a la playa.

Él le agarró la mano y entrelazó los dedos con los de ella. Tasha quería seguir enfadada por aquel beso tan salvaje que le había dado en la ducha; pero los cuidados que le había prodigado después le hicieron olvidar cualquier animosidad.

Era una mañana preciosa, el sol era cálido y la brisa proveniente del océano le acariciaba la piel a la vez que le soltaba algunos mechones. El olor a mar era muy sutil y ella levantó la cara para captar la fresca fragancia.

Caminaron hasta el final de la playa y, después, volvieron sobre sus pasos. Cuando se pusieron a desayunar ya era casi la hora de la comida.

Después, volvieron al piso a recoger las bolsas y fueron en el coche a la montaña. Se pararon a picar algo en un café al lado de la carretera mientras disfrutaban de unas preciosas vistas de la costa.

Tasha compró mermelada casera y una figurita de porcelana. Después, volvieron a la carretera que conducía a la autopista. Llegaron a Brisbane justo antes del anochecer.

–¿Quieres tomar una pizza o ir a un chino? –le preguntó Jared cuando el río apareció antes sus ojos.

–Pizza.

–¿Para llevar o la tomamos allí?

–¿Me estás dando a elegir?

–Por supuesto.

Ella pensó en los manteles a cuadros, las velas en la mesa, el aroma a especias y queso, y no dudó en citar una pizzería que le gustaba.

Fue una manera muy agradable de terminar el día. Ella eligió una pizza Margarita mientras que Jared se decantó por un plato de pasta.

«Delicioso», pensó Tasha mientras acababa un trozo.

A Tasha le vinieron a la cabeza recuerdos de otros domingos que habían acabado en una pizzería. Pero entonces, después de terminar la comida, solían ir a casa, compartir el jacuzzi y, después, hacer el amor hasta bien entrada la noche.

Sin embargo, esa noche tendría un final muy diferente, pensó Tasha con tristeza. Jared la dejaría en la puerta de su casa y se marcharía a la de él.

–¿Si te pido que vayas a recoger algo de ropa y te vengas conmigo, aceptarías?

¿Sabría él cuánto lo deseaba? ¿Cuánto le gustaría volver a estar como estaban hacía solo unas semanas? Pero ahora todo era diferente y no se podía dar marcha atrás. Solo hacia delante.

–No… no creo que sea una buena idea.

–¿Porque no quieres o no puedes?

–Las dos cosas.

–¿Sabes que no me voy a conformar?

Ella prefirió no contestar. Se desabrochó el cinturón y salió del coche.

–No hace falta que me acompañes.

–No seas ridícula –dijo él. Agarró la bolsa de ella y la acompañó hasta la puerta.

–Gracias –le dijo Tasha mientras buscaba las llaves. Abrió la puerta y agarró su bolsa–. Buenas noches.

# Capítulo 10

JARED llamó antes de las ocho, justo cuando ella se estaba terminando su segunda taza de té.

–¿Qué tal esta mañana?

Tasha procuró ignorar el salto que le había dado el corazón al escuchar su voz.

–Igual que ayer.

–¿Igual de mal, eh?

Ella quería decirle que sí y que todo era culpa suya. Pero los dos eran culpables.

–Estaré bien –aunque estaría mucho mejor si no tuviera que pasar por todo eso ella sola.

–Te llamaré esta noche.

Tasha colgó y se dirigió a la ducha.

Los siguientes días fueron bastante ajetreados. El trabajo le ocupó casi todas las horas del día. Iba a la oficina temprano, salía tarde y se llevaba trabajo a casa.

Jared también estuvo muy atareado. La llamaba cada día, normalmente por la mañana, antes de salir de casa.

Cuando el miércoles por la mañana sonó el teléfono, no la sorprendió.

–Estoy a punto de salir por la puerta.

–O sea, que sea breve, ¿no?

–Por favor.

–Mañana vuelo a Melbourne para una reunión, pero volveré por la noche.

–¿Va Soleil contigo?

–Sí.

«Genial».

–¡Que te diviertas! –consiguió decir ella y escuchó la leve exasperación en la voz de él al decir:

–Te llamaré cuando vuelva.

–No hace falta –dijo muy tensa. Había intentado sonar amable, pero no lo había conseguido. Soleil tenía ese efecto en ella.

No le sentó nada bien que Soleil fuera a Melbourne por mucho que le dijera que era por negocios y que volverían en el vuelo de la noche.

El instinto le decía que las insinuaciones de Soleil eran mentira; pero aún le quedaba la duda.

–¡Qué tengas buen viaje! –dijo de muy mal humor.

Enfadada consigo misma y con él, colgó el teléfono.

El día resultó bastante ajetreado, por lo que no tuvo mucho tiempo para pensar. Ni siguiera estuvo libre a la hora de la comida. Ese día, como tantos otros, se conformó con un sándwich entre cliente y cliente.

Se quedó hasta tarde, se llevó trabajo a casa y se acostó más tarde de lo normal. Después, se despertó antes de la hora, pero ya no consiguió volver a dormirse.

Entonces ya no pudo apartar la imagen de Jared de su mente. No sabía qué pensar de él, si la propuesta se la habría hecho por obligación o porque realmente la quería. Después de la noche que habían pasado juntos, todo eran dudas.

¿Se cansaría él de insistir y se conformaría con ser un padre soltero?

O lo que era peor, ¿entablaría otra relación?

No se podía decir que no hubiera mujeres detrás de él listas para ocupar su lugar. Soleil solo era una de tantas. Solo pensar que podía perderlo la llenaba de temor.

¡Caramba! No podía quedarse allí tumbada, dándole vueltas a la cabeza. Iría a prepararse un té y una tostada. Después, conectaría el ordenador y se pondría a trabajar hasta que fuera la hora de darse una ducha e ir a la oficina.

Esa misma noche, llamaría a Jared y le sugeriría que quedaran para intentar reconciliarse. Para ella no había otra salida y quiso creer que para él tampoco.

El día fue una réplica del anterior, con mucho trabajo y poco tiempo para pensar.

Cuando llegó a su apartamento a las seis, se preparó una ensalada de pollo y se la comió mientras hojeaba el periódico.

Cuando terminó, fregó los platos, se preparó un té y se fue a ver un rato la televisión.

Estaban dando las noticias y Tasha se concentró en la información sobre la crisis en Oriente Próximo. Después, la imagen desapareció y el presentador recibió un boletín informativo que comenzó a leer mientras en el monitor iba saliendo el teletipo.

–Ha habido un explosión en el aeropuerto Tullamarine de Melbourne con el resultado de siete muertos y varios heridos. La terminal nacional ha sido evacuada, y todos los vuelos han sido cancelados hasta nuevo aviso.

Tasha sintió que se le encogía el estómago y el corazón se le paraba. Si eso podía suceder, ella experimentó las dos cosas al mismo tiempo.

«Jared. Dios mío».

Tenía la sensación de que no podía respirar. Intentó tranquilizarse y corrió hacia el teléfono.

Si Jared estuviera bien, la habría llamado desde su móvil. De alguna manera, el hecho de que no lo hubiera hecho aumentó su temor.

Marcó su número y recibió la señal de «apagado o fuera de cobertura». Lo más probable era que lo hubiera desconectado antes de subir al avión. Envió un mensaje a su móvil y esperó con ansiedad una respuesta, pero no llegó ninguna.

Debía haber una número de emergencia para que llamaran los familiares de las personas implicadas. Probablemente, lo dieran en televisión. Fue a encender el aparato y cambió de cadena en cadena hasta que dio con la que estaba dando la noticia y proporcionando un número teléfono. Entonces, se puso a marcar.

No tenían ninguna lista completa de pasajeros cuando ella llamó.

–No tenemos a nadie con ese nombre en la lista de los heridos –le dijo el operador–. Por favor, vuelva a llamar dentro de una hora.

Tasha sabía que se volvería loca si tenía que esperar una hora, pero no tenía otra alternativa. Así que se sentó a esperar al lado de teléfono, mientras miraba la información que iba saliendo por televisión.

Jared tenía que estar vivo. Tenía que estar bien. Las palabras retumbaban en su cabeza como una oración.

De repente, empezó a ver algo con mucha claridad: la vida sin Jared carecía de sentido.

Era algo que ella había sabido todo el tiempo, y sin embargo se había aferrado de manera estúpida a los principios… principios que ahora no significaban nada.

Tasha vio pasar las imágenes en la televisión y solo prestó atención cuando dieron las ultimas noticias sobre el accidente.

Cinco minutos antes de que hubiera pasado la hora, volvió a llamar y tuvo que esperar un buen rato hasta que un operador le contestó.

Diez minutos después, le dijeron que el nombre de Jared no estaba en la lista creciente de heridos.

Sentía la necesidad de tomar un vuelo y dirigirse allí en persona. Como si eso pudiera servir de algo… pero, al menos, estaría allí.

Dios Santo. Si le pasara algo, se moriría.

De repente, sonó el teléfono móvil y Tasha tardó una milésima de segundo en registrar lo que estaba pasando. Entonces, se

abalanzó sobre el aparato y activó la llamada.

–Tasha.

La voz de Jared la llenó de alivio.

–¿Estás bien? –apenas podía reconocer sus propia voz. Estaba tan ahogada que la pregunta había sido casi ininteligible.

–Uno o dos arañazos. Algunos trozos sueltos que salieron disparados me alcanzaron –no le dijo lo afortunado que había sido ni lo cerca que había estado de sufrir heridas graves–. Los de la Cruz Roja insisten en que nos lleven a todos al hospital. El teléfono móvil se quedó sin batería y esta es la primera ocasión que he tenido de llamarte. Nos van a llevar a un hotel para pasar la noche y, después, saldremos de otro aeropuerto. Ya te llamaré para darte más detalles –hizo una pausa y, después, añadió lentamente–: Te quiero.

A Tasha se le hizo un nudo en la garganta y, cuando la comunicación se cortó, sintió deseos de llorar.

¿Cómo podía decirle aquello y después colgar? ¿Después de la horas horribles que había pasado imaginándose lo peor?

Se encontraba demasiado intranquila para sentarse, necesitaba actividad física, por lo que se puso a limpiar el apartamento. No es que estuviera muy sucio, pero ella necesitaba gastar energías.

Cuando acabó, ya eran más de la diez y decidió darse una ducha e irse a la cama.

¿Volvería a llamarla Jared?

Ya llevaba una hora en la cama y no lograba conciliar el sueño. Cansada de dar vueltas, se levantó y fue al salón para ver qué echaban en la televisión.

Ya estaba amaneciendo cuando se estiró y se fue a la cama para dormir un rato. El despertador sonó al poco tiempo. En cuanto se despertó, comprobó el teléfono móvil por si tenía algún mensaje, se dio una ducha y desayunó. Después, se vistió para ir a trabajar.

Después de una noche en vela, se sentía bastante confusa. Por una lado, estaba nerviosa y se moría de ganas de hablar con Jared y, por otro, tenía un montón de dudas.

A las diez, sonó el móvil avisándole que tenía un mensaje.

*Volveré en el vuelo de la tarde. Estate lista a las siete. Pasaré a buscarte para salir a cenar.*

Tasha le respondió al instante.

*De acuerdo.*

Gracias a Dios. Primero, sintió un gran alivio y, después, un cosquilleo.

Con gran esfuerzo, se concentró en el trabajo e intentó no mirar

el reloj cada cinco minutos.

A la hora de la comida, salió a la floristería y compró una rosa roja.

A las cinco en punto, cerró el ordenador, agarró su maletín y salió de la oficina. Teniendo en cuenta que era la hora punta, tardaría una media hora en llegar a su apartamento.

Tardó un poco menos. Cuando entró en casa, se fue directa a la ducha, se lavó el pelo y se lo arregló con el secador. Después, eligió un vestido blanco ajustado con manga francesa y con cuello de pico. Se puso unas sandalias de tacón de aguja y se maquilló con esmero. Cuando estuvo lista, agarró un bolso de mano y la rosa roja, y salió del apartamento.

Llevaba la imagen de Jared grabada en la mente, y mientras bajaba en el ascensor sintió que los nervios en el estómago eran cada vez más fuertes.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, eran las siete en punto y Jared estaba de pie junto a su coche.

En unos segundos, llegó a su lado y lo recorrió con la mirada buscando algún signo del accidente.

–¿Estás herido? –preguntó con ansiedad sin tan siquiera saludarlo.

Él le pasó los dedos por el pelo y acercó la cara a la de ella para tomar posesión de su boca con un beso apasionado y hambriento. Se separó un instante y volvió a por más, pero esa vez con una ternura que la derritió por dentro.

Tasha tenía la gran necesidad de tocarlo, de abrazarlo con fuerza para nunca dejarlo marchar. Estaba encantada con el contacto físico, con saber que estaba allí, sano y salvo.

–¿De verdad estás bien?

Él le rozó la mejilla con los labios.

–Solo un par de arañazos y unos moretones. He sido uno de los afortunados.

–Gracias a Dios –exclamó ella aliviada y vio la sonrisa en la cara de él–. ¿Qué tal Soleil?

–Se ha roto un brazo y varias costillas. Se quedará en Melbourne hasta que esté lo suficientemente recuperada para viajar.

Ella le acarició las mejillas y se quedó con las manos allí un rato; después le pasó un dedo por los labios y él le dio un beso.

–¿Tienes hambre?

La pregunta tenía doble sentido y ella le respondió con una sonrisa.

–Estoy hambrienta. «De comida, pero también de ti», añadió con

la mirada. Pero esperar un rato no les haría ningún daño.

Él le abrió la puerta del asiento delantero y esperó hasta que ella se hubo sentado para cerrar. Después, dio la vuelta al coche y se sentó al volante.

El restaurante estaba en las afueras, alejado de los lugares de moda del centro.

Tasha nunca había estado tan nerviosa y se preguntaba si Jared era consciente de su pulso acelerado. Parecía que el corazón iba a salírsele del pecho.

Cuando llegaron al restaurante, el maître los acompañó a la mesa. Ella dejó la rosa y el bolso encima de la mesa mientras un camarero solícito la ayudaba a sentarse.

Jared señaló al delicado capullo de rosa.

–Me imagino que eso tiene algún significado especial.

–Sí.

¿Le estarían temblando las manos mientras miraba el menú? Esperaba que no. «Fría, tranquila, calmada», se recordó en silencio.

Estaba demasiado nerviosa para comer, por lo que solo pidió una ensalada.

–¿Qué tal la reunión?

Jared la atravesó con la mirada.

–Fue bien. Estoy bastante contento.

¿Qué pasaba con ella? ¿Por qué se mostraba tan educada y distante? La confianza del principio había sido sustituida por la duda, reconoció ella en silencio.

Tenía que hacerle la pregunta, pero ¿diría él que sí?

«Hazla, ahora», le ordenó una vocecilla en silencio.

En unos segundos, sacó una tarjeta del bolso. Después, mirándolo a los ojos, se la entregó junto con la rosa.

–Un regalo –dijo ella por toda explicación. Para él, solo para él. Un regalo de ella y de su hijo por nacer.

¿Lo aceptaría? Esperaba que sí. Sentía que un puño le aferraba el corazón y le impedía respirar con normalidad.

No había nada claro en la expresión de él que indicara su reacción. Ella había esperado una sonrisa, quizá algunas palabras…

Sabía de memoria la que ponía en la tarjeta. Había utilizado unas cuantas hasta que había escrito lo que realmente quería.

*Eres el amor de mi vida. ¿Quieres casarte conmigo?*

Ella esperó, conteniendo el aliento. ¿Cuánto tiempo necesitaba para leer la nota? ¿Para asimilarla y responder?

Pareció que había pasado una eternidad cuando él levantó la cabeza y se encontró con la mirada de ella.

–¿Quieres añadir algo más?

Tasha tragó con dificultad.

–No es por el niño, es por ti.

–¿Has cambiado de opinión?

Por supuesto, no podía ser de otra manera. Después de haber hecho el amor de una manera tan exquisita, tan profunda y conmovedora.

–Sí.

¿Era ella consciente del impacto de aquella sencilla palabra? ¿De lo que había sufrido durante las últimas semanas, esperando, necesitando… llorando por ella? ¿Sintiéndose impotente por no poder hacer nada?

No había conseguido dormir bien ni una sola noche desde que se marchó de su piso. El mundo como lo había conocido hasta aquel momento se había derrumbado y se había convertido en un lugar en el que no quería estar sin ella.

Él la miró, vio a la mujer, en lo que se había convertido, con su fuerza, sus valores, su integridad. El amor era un don que nos daba el corazón.

–¿Vas a contarme qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

Habían sido tantas pequeñas cosas, pero ella le contó la más importante de todas.

–Podías haberte alejado de mí, pero no lo hiciste –dijo ella con voz aterciopelada cargada de emoción.

Él continúo sin decir nada. ¿Por qué no le decía que la quería?, ¿por qué no le decía que aceptaba?

–Te quiero –dijo con la voz temblorosa–. Solo a ti. Cuando me enteré de lo de la bomba… y de que tú podrías haber muerto… –tardó unos segundos en poder hablar otra vez–. Mi vida no merecería la pena sin ti.

Él suspiró en su interior. Todo había vuelto a cambiar, pero esta vez para mejor. Sintió que el corazón volvía a estar en su lugar y que la sangre le corría por las venas.

Había estado a punto de perderla. De hecho, durante unas semanas, la había perdido. Pero él luchó, porque sabía que nada era gratis y menos el amor.

El regalo más precioso de todos, un regalo que no tenía precio.

Él se inclinó hacia delante y le pasó un dedo por los labios.

–Sí.

«¿Sí?». ¿Quería decir…?

–Acepto tu propuesta.

Alivio y euforia fueron las dos emociones más inmediatas que

experimentó. Él vio cómo se le iluminaba la cara y sintió que el corazón se le encogía.

–Pronto –añadió con dulzura–. Muy pronto.

Quería que llevara su anillo en el dedo, no como prueba de propiedad, sino cono una evidencia visible de que se pertenecían el uno al otro.

El camarero apareció con una rosa roja que le entregó a ella.

–Para usted. De parte de un caballero.

A ella la conmovió tanto el gesto que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas.

–Dos mentes –dijo Jared– en perfecta sintonía.

–Es preciosa –murmuró ella aspirando la delicada fragancia.

Jared tuvo que controlarse para no tomarla en sus brazos allí mismo.

–Vámonos de aquí.

–No te has acabado el postre.

Él llamó al camarero, pagó la cuenta y se llevó a Tasha a casa.

–Me dejaste marchar. Me diste espacio y tiempo para pensar. Quiero darte las gracias.

–Ha sido la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

Pero había merecido la pena, se dijo él en silencio.

Salieron del coche y con las manos entrelazadas caminaron hacia el ascensor. Mientras subían a su piso, él le tomó la cara entre las manos y le dio un beso largo y dulce… y apasionado.

Parecía que solo había pasado un instante cuando las puertas se abrieron y Jared la abrazó con fuerza mientras caminaban hacia la puerta.

Cuando cerró la puerta, Tasha metió las manos por debajo de la chaqueta y se la quitó. Después, le desabrochó los botones de la camisa y el del pantalón; luego, fue a por la cremallera.

¡Dios! Aquel aroma de él, fresco y varonil, enervaba sus sentidos. Saboreó su piel con los labios, y con la lengua le recorrió el pecho y los pezones. Después, continuó bajando.

Jared la levantó, tomándola por las nalgas para subirla a la cintura, y la besó con ardor.

Entonces, llegó su turno de quitarle la ropa a ella, cosa que hizo en un momento. Después, se dio un festín con su pechos, succionando, mordisqueando.

La habitación, la cama. Deseaba llegar allí y hacerla suya.

Mientras seguían besándose y quitándose lo que les quedaba de ropa, se dirigieron a la habitación. Se tumbaron en la cama y se buscaron.

Él le acarició su parte más íntima; después la penetró y sintió cómo ella se arqueaba mientras gemía su nombre. Enseguida, se unió a él en el baile. Primero, suave y acompasado. A continuación, más rítmico y salvaje para, luego, volver a controlar el ritmo.

Aquello era bueno. Mucho mejor que bueno. Era delicioso. Magnífico.

Cuando terminaron, él permaneció tumbado sobre ella, besándole la frente. Después, deslizó los labios por la mejilla hasta la boca, suave y carnosa, y le dio un beso tan erótico y electrizante que casi la hizo llorar.

–No es justo –murmuró Tasha y lo empujó para que se tumbara en la cama. Después se subió encima de él.

–¿Quieres jugar, eh?

Los ojos de él brillaron mientras ella se inclinaba para besarle el cuello.

–Me toca a mí.

Quería saborearlo, absorber su esencia… pero, sobre todo, quería volverlo loco. Loco de necesidad, de pasión y de deseo por ella. Solo por ella.

Y lo consiguió, con cada aliento de él, cada gemido.

Había una tremenda sensación de poder en darle placer a un hombre. En llevarlo a un lugar donde él no tuviera ningún control sobre lo que estaba pasando, donde estuviera a su completa merced.

Un hombre en su lado más vulnerable.

Le encantaba cómo le temblaba el estómago con su caricia, como apretaba los músculos cuando sus labios jugueteaban con ellos.

Fue un banquete sensual y delicioso del que los dos salieron satisfechos física y emocionalmente.

Durmieron un rato; después, se volvieron a despertar en mitad de la noche y se volvieron a buscar.

No tenían suficiente, nunca lo tendrían. Cuando el sol se levantó en el horizonte, Jared la llevó a la ducha y se metió con ella. Agarró el jabón y, con una intimidad lujuriosa, comenzó a lavarle el cuerpo. Tasha cerró los ojos y se dejó acariciar.

La caricia fue tan suave que ella sintió deseos de llorar.

Cuando acabó, ella tomó el jabón para devolverle el favor. Entonces, vio los arañazos y los moretones que le había ocasionado la explosión y los besó con suavidad.

–Date la vuelta.

Él lo hizo y ella vio más heridas.

–Deberías habérmelo dicho. ¡Caramba, Jared! Deberíamos haber

tenido más cuidado.

–Entonces, no sentía nada –dijo él con un toque de humor.

Ella le dio una torta en las nalgas.

–Me encanta cuando recurres a la fuerza –le dijo mientras apagaba el grifo.

Ella le besó las heridas de la espalda con infinita ternura y él permaneció muy quieto. Cuando acabó, se dio la vuelta y la besó en los labios. Agarró una toalla y la secó con suavidad, antes de secarse él.

La volvió a llevar a la cama, se acurrucó junto a ella y se cubrió con las sábanas.

# Capítulo 11

SE LEVANTARON tarde, se vistieron y fueron a la cocina a desayunar. Jared preparó los huevos con beicon mientras Tasha se encargaba de las tostadas, el té y el café.

Desayunaron sin prisas, dándose a probar las tostadas, ofreciéndose el uno al otro suculentos trozos de beicon y saboreando el té y el café.

Juntos recogieron la mesa, enjuagaron los platos y los metieron en el lavavajillas.

–Hay una cosa que quiero que veas.

Tasha cerró el lavavajillas y se volvió hacia él. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra que le daba el aspecto de un pirata muy atractivo. El estómago le dio un vuelco al ver cómo la camiseta le marcaba los pectorales y la anchura de hombros.

Tenía un recuerdo muy vívido de cómo se había unido a él durante la noche, una y otra vez, en un baile sensual que había sido incomparable.

Jared se le acercó, le agarró la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

–Vamos.

Ella lo miró a la cara y vio la decisión en su mirada. Entonces, soltó una carcajada.

–¿Puedo preguntar adónde?

Él le dio un beso corto e intenso.

–No –agarró las llaves y se las metió en el bolsillo–. Quiero que sea una sorpresa.

–De acuerdo.

Él la miró divertido.

–¿Solo «de acuerdo»?

–¿Quieres que discuta contigo?

La sonrisa de él se acentuó.

–¿Estás muy atrevida, eh?

Ella levantó sus manos entrelazadas y le dio un beso.

–Feliz –le dijo con cariño–. Y muy enamorada de ti.

Jared hizo una pausa al alcanzar la puerta y la tomó en brazos. Le acarició la sien con un beso y de allí siguió hasta la boca, donde saboreó la miel de sus labios y absorbió el sonido de su nombre cuando ella lo pronunció.

Le pasó una mano por debajo del pelo, sujetándole la nuca mientras se embarcaba en un beso tan evocador que la dejó con las

rodillas temblorosas.

La soltó despacio y, con los ojos oscurecidos, le pasó la lengua por el labio inferior.

–Creo que si no nos marchamos ahora mismo, no vamos a conseguir salir de casa –opinó ella temblorosa.

Sin decir una palabra, Jared salió de casa con ella de la mano y se dirigieron al aparcamiento.

Después, condujo hacia el puente y atravesó la ciudad en dirección a Ascot, un barrio residencial.

El final de la primavera había llenado los jardines de flores y los colores iban de los más brillantes a los más suaves. Los céspedes estaban bien cortados y había arbustos con formas.

Era un barrio precioso, con avenidas de árboles, casas espaciosas. Algunas de ellas eran muy antiguas y estaban ocupadas por la segunda o tercera generación de una familia. Otras eran nuevas y estaban construidas con los mejores materiales, con grandes ventanales para tener unas buenas vistas del río y del puerto.

Tasha estaba intrigada cuando Jared dejó la calle principal y ascendió por una secundaria hacia lo alto de la colina.

–No estoy vestida para visitar a nadie –le dijo consciente de sus vaqueros.

Él le ofreció una cálida sonrisa.

–Estás bien así –le aseguró mientras introducía el coche en el camino privado de una casa.

La casa era grande y espaciosa y ella hizo lo que pudo para evitar un suspiro mientras admiraba su diseño, los porches que daban al este y al oeste, los ventanales… un conjunto arquitectónico perfecto y armonioso.

Lo único que empañaba esa perfección era un enorme agujero en la tierra y un montón de materiales de construcción que indicaban que estaban renovando el interior y haciendo una piscina.

Las vistas eran fantásticas y desde las ventanas de arriba debían de ser insuperables. Aunque ella dudaba de que fuera a tener la oportunidad de verlas.

Jared paró el coche y se desabrochó el cinturón.

–Vamos a entrar, ¿quieres?

Tasha salió del coche. Había una brisa muy agradable de aire fresco y limpio y Tasha aspiró hondo al captar el aroma de un rosal.

–¿Nos están esperando? –era sábado por la mañana. Los propietarios podían estar fuera.

En aquel momento, la puerta principal se abrió y una pareja de

mediana edad permaneció en el umbral.

–Señor North.

Parecía un saludo muy formal, a menos que fueran clientes. Lo cual no tenía ningún sentido en sábado y con ella.

–Amy y Joe Falconer. Tasha Peterson –los presentó Jared–. Amy y Joe son los encargados de cuidar de la casa hasta que acaben las obras.

Tasha se quedó de una pieza.

–¿Es esta tu casa? –preguntó llena de incredulidad–. ¿La has comprado?

–Sí –dijo él, disfrutando de la cara de sorpresa de ella–. Vamos adentro a explorar –le pasó un brazo por los hombros–. Puedes decirme si te gusta.

Las habitaciones eran espaciosas, los suelos de parqué brillante, los techos altos… Ella fue de habitación en habitación. Le encantó la chimenea del salón, la gran escalera que conducía al piso superior, los grandes ventanales…

–Es imposibles que no me guste.

En su expresión se podía ver que estaba encantada. Él la abrazó con más fuerza mientras subían las escaleras.

Tasha escuchó sus planes mientras la llevaba por el pasillo.

La habitación contigua a la principal va a ser la de nuestro hijo y las dos de enfrente serán un estudio y una biblioteca.

Había otros tres dormitorios, dos de ellos conectados a un baño y otro con un baño privado.

–¿Qué opinas?

Tasha estaba impresionada.

–Es preciosa.

Los decoradores van a empezar dentro de dos semanas. Quiero que tú elijas los colores. Después, vendrán los muebles y la decoración.

Él lo tenía todo organizado y eso significaba que llevaba algún tiempo planeándolo.

–¿Cuándo has comprado la casa? –se dijo a sí misma que era por simple curiosidad.

–Le había echado el ojo hace ya algún tiempo.

–Eso no responde a la pregunta.

Él la tomó de las manos, y después le pasó un brazo por los hombros.

–Cerré el trato a los pocos días de decirme que estabas embarazada.

–¿Tan seguro estabas de mí?

–Estaba seguro de mis sentimientos –le dijo él con amabilidad–. Seguro de que quería pasar contigo el resto de mi vida –le tomó la cara entre las manos–. Solo tenía que probártelo.

Ella no podía decir ni una palabra.

–Todavía hay un par de cosas más –le soltó la mano y se sacó algo del bolsillo del pantalón–. Esto –dijo mientras le sujetaba la mano para ponerle un anillo.

«Esto» era una anillo con un diamante en forma de pera que la dejó sin aliento.

–Dentro de dos semanas tenemos una cita con el sacerdote.

–¿Dos semanas? –sintió que la cabeza le daba vueltas–. ¿Estás de broma, verdad? –no habría manera de buscarse un vestido…

–No –negó Jared, observando la gama de emociones que reflejaba su rostro–. Tienes tiempo para todo –le dijo leyéndole la mente–. Yo organizaré la recepción. Solo invitaremos a la familia y a los amigos más allegados. Tú solo tienes que encargarte de ti.

Tasha nombró a Eloise su dama de honor y su vida se convirtió en un torbellino en busca del traje de novia, de ropa interior, de una peluquería. Se compró maquillaje y se hizo una limpieza facial y un masaje.

Por la noche, Tasha caía rendida en brazos de Jared; después se levantaba para repetir la vorágine del día anterior.

–Te quedarás con nosotros la noche antes de la boda –declaró Eloise.

–De eso nada –dijo Jared.

–¿No quieres perderme de vista, eh?

–Es cierto. Pero tampoco quiero que Eloise te tenga toda la noche despierta de charla.

Aquello era de lo más probable.

–Le diré que venga por la mañana –le dijo con una sonrisa malvada.

–Se supone que el novio no tiene que ver a la novia hasta que ella vaya caminando hasta el altar.

Eloise puso el grito en el cielo cuando Tasha le dijo que iba a salir de casa de Jared.

–¡Ni pienses que vais a ir en el mismo coche a la iglesia!

–Saldremos a horas diferentes en coches distintos –confesó Tasha.

–Bueno, entonces está bien. Vamos a repasar la lista.

Ya solo quedaba un día y en la lista estaba casi todo tachado; solo quedaban las cosas del último momento.

¡Gracias al Cielo! Había habido momentos en los que había

pensado que no iba a conseguirlo.

Se acostó tarde y cuando Jared la atrajo hacia él, dejó escapar un suspiro.

–Relájate y disfruta –le dijo con cariño.

Empezó por los pies, masajeándolos con suavidad, aligerándole la tensión de los gemelos y de los muslos y ella cerró los ojos. Le parecía estar en el Cielo.

Cuando su respiración se volvió pesada y regular, él la cubrió con la sábanas y se tumbó a su lado, contento con lo que iba a suceder al día siguiente.

El sábado amaneció lloviendo, pero pronto el cielo empezó a aclararse y, a media mañana, el sol brillaba en lo alto.

Un día perfecto para casarse. Aunque a Tasha no le hubiera importado que hubiera llovido a raudales. Era la ocasión lo importante, no el tiempo.

–¿Estás nerviosa?

–No –respondió mientras Eloise le colocaba una corona de flores diminutas.

No tenía ninguna duda y todo estaba en su lugar.

Eloise le colocó la última horquilla. Después se retiró para admirarla.

–Estás preciosa –le dijo y Tasha le sonrió a través del espejo.

–Gracias.

Había elegido un traje muy simple con un corpiño ajustado con cuello a la caja y mangas francesas y una falda con un vuelo delicado.

Llevaba un collar de perlas y unos pendientes a juego y se maquilló lo justo.

–Ya está, cariño –le dijo Eloise con afecto–. Vámonos.

La familia y los amigos ya estaban en la capilla cuando Tasha llegó en una limusina de alquiler.

Mónica estaba esperándola en la puerta y la recibió con un abrazo.

–Te quiero.

Los ojos de la mujer estaban llenos de lágrimas y Tasha sintió que los suyos se humedecían.

–Yo también –le dijo con cariño.

–Tranquilízate –la regañó Eloise–. Ahora, sonríe. Deja las lágrimas para luego.

–Jared está esperando.

Allí estaba él, en lo alto del altar, con su chaqué impecable, mirando cómo se acercaba su novia por el pasillo.

Tasha solo lo vio a él y su mirada quedó atrapada en la suya. Era como si solo existieran ellos dos, como si fueran las únicas dos personas en el mundo, y su boca tembló al ver la emoción reflejada en aquellos ojos oscuros.

Estaba sin aliento y podría haber jurado que el corazón se le detuvo durante unos segundos mientras la embargaba la felicidad.

Le había llegado muy hondo; más de lo que ninguna mujer le había llegado jamás. Era realmente preciosa y no solo por fuera… su corazón y su alma también lo eran. Era un sentimiento que nunca más se volvería a guardar para sí.

Y ahora tampoco pensaba hacerlo. Al diablo con el protocolo.

Jared levantó las manos y le tomó la cara; después bajó la cara y la besó… con tanta intensidad que casi le derrite los huesos.

–¿Si la novia y el novio están listos podemos comenzar?

En la iglesia se escuchó un coro de risas proveniente de los invitados.

–Esta es una ocasión muy seria –susurró ella.

–Nunca he estado más serio en mi vida –le respondió él y le volvió a rozar los labios con los suyos.

La ceremonia fue muy especial, igual que las palabras solemnes que se dijeron y a más de una invitada se le soltaron las lágrimas.

Eran casi las diez cuando salieron. La limusina los llevó al piso de Jared donde se pusieron ropa cómoda y agarraron las bolsas de mano. Después, la limusina los llevó al apartamento de la costa.

Jared todavía tenía un caso entre manos, por lo que solo disponían del fin de semana.

–¿Te he dicho cuánto te quiero? –preguntó él con ella en brazos mientras miraban por la ventana.

–No en las últimas horas.

–Quiero abrazarte y besarte y no dejarte ir nunca.

Ella dejó escapar un suspiro. En los más profundo de su corazón sabía que así sería.

–¿Quieres convencerme para llevarme a la cama?

–¿Hace falta que te convenza? –la tomó en brazos y la llevó a la habitación.

–Soy toda tuya –le respondió ella–. Siempre.

El beso fue una réplica erótica y seductora del acto mismo. Satisfactorio hasta cierto punto, pero no del todo.

Ella le sacó la camisa de los pantalones y él se concentró en la blusa de ella. En pocos segundos estaban piel contra piel,

acariciándose, besándose, diciéndose lo mucho que se querían.

Ese fin de semana, apenas salieron del piso. De hecho, solo dejaban la cama para comer y ducharse.

El lunes por la mañana, se levantaron casi al amanecer y fueron a tomar el desayuno a la avenida Tedder, a uno de los muchos cafés que había en la calle. Después tomaron la autopista hacia Brisbane.

Jared paró en la puerta de su oficina y le dio un beso suave.

–Que tengas un buen día –dijo con una sonrisa muy especial.

–Tú también –le respondió ella, pasándole los dedos por la cara.

Él la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí. Después se llevó la mano a la boca y la besó; luego, le acarició el anillo que le había puesto hacía solo dos días.

–Hasta esta noche.

Ella quería llorar y reír al mismo tiempo.

–Cuenta con ello –se bajó del asiento, cerró la puerta y se quedó mirando cómo se mezclaba con el resto del tráfico.

La vida, se dijo en silencio con satisfacción, no podía ser mejor.

# Epílogo

SIOBHAN Marie North llegó al mundo tres días antes de tiempo por medio de una cesárea, y rápidamente demostró que no tenía ningún problema con los pulmones… ni con ninguna otra cosa, gracias a Dios.

Su padre se enamoró de ella a primera vista y la trató como algo infinitamente precioso que pensaba defender con uñas y dientes hasta el último día de su vida.

Tenía el pelo oscuro y unas facciones delicadas. Era como su madre, en miniatura, con una impaciencia tal para comer que demostraba ser todo un carácter.

–Cabezota –le dijo Jared con cariño.

–Decidida –la corrigió Tasha y sintió que su corazón se derretía de amor al ver la expresión emocionada de él mientras las observaba.

–¿Cuándo crees que podrás volver a casa?

–En cinco o seis días.

Se llevaron a Siobhan a casa al sexto día. Allí la recibió su abuela. Mónica se encargó de las comidas, de organizar la casa y de las tareas durante unas semanas, y después volvió para el bautizo. Un año justo desde que Tasha se enteró de que estaba embarazada. La fecha había sido una coincidencia y se preguntó si Jared se habría dado cuenta del significado.

La niña acababa de comer y estaba limpia y a punto de quedarse dormida. Sus padres estaban al lado de la cuna mirándola con los brazos entrelazados por la cintura.

–¿Te arrepientes?

–De nada –respondió él sorprendido.

–Me alegro.

–La independencia es algo que está bien para una mujer –dijo él con cariño, y después se inclinó para darle un beso–. Pero tú no tenías ninguna opción.

En unas cuantas semanas, ya se había olvidado de lo mal que lo habían pasado hacía un año, cuando se separaron.

–Ya está dormida –confirmó él con un murmullo, llevándose a su mujer de la habitación.

El bautizo había salido muy bien. Siobhan era un bebé muy bueno y la celebración que había organizado para la familia y los amigos había sido todo un éxito.

Ahora, Jared tenía sus propios planes.

–Voy abajo y…

–No.

–¿No?

–Tengo otra cosa en mente.

–¿De qué se trata?

–Según mis cálculos, tenemos tres horas hasta que nuestra hija vuelva a pedir de comer.

Ella soltó una carcajada.

–¿Y en esas tres horas esperas…?

–Hacer el amor con mi mujer.

–Creo que eso se puede arreglar.

–¿Quizá necesitas que te convenza un poco?

Tasha le agarró la cara y la acercó a la suya.

–Inténtalo.

Así lo hizo. Con tanta ternura que ella sintió deseos de llorar.

–Te quiero –se dijeron después de la pasión compartida.

Los dos sabían que repetirían aquellas palabras una y otra vez durante los próximos años mientras disfrutaban de su vida juntos.